

*Virginia Brandt Berg
en Conéctate*

VIRGINIA BRANDT BERG EN CONÉCTATE

ARTÍCULOS POR ORDEN DE APARICIÓN	PÁGINA
Arroyos que Nunca se Secan	5
El Remedio para la Soledad	8
Porque Dios lo Dijo - 1	10
Navidad, ¿Ajetreo o Reflexión?	11
Tu Escala de Valores	13
Pon a Prueba a Dios	15
Con los Pesares, Alas - 1	17
Olvida el Pasado - 1	18
La Decisión	20
La Medida de la Fe	22
La Verdadera Navidad	24
Un Nuevo Comenzar	26
Fe Para Obrar Milagros	28
Reposo - 1	30
La Ruta de La Felicidad - 1	32
La Luz se Abre Paso	34
¿Eres un Conformista?	35
Fuerzas en la Flaqueza	37
¿Castigos, o Parte de Designios Divinos?	39
La Lengua	40
El Valle de Bacca	42
Borrón y Cuenta Nueva	44
Un Hogar Más Feliz	46
Quietud - 2	47
Porque Lo Dijo Dios - 2	50
Los Pensamientos	62
El Apagón	54
Cómo Aumentar tu Fe	56
Bumerán	58
El Perdón	60
El Verdadero Trono	61
Dejar Atrás el Pasado - 2	62
Cambio de Mentalidad	63

ARTÍCULO	PÁGINA
Cómo Disfrutar de un Buen Matrimonio	64
Año tras Año	65
Consuelo	67
Asistencia Adicional	69
El Sanador	71
En las Malas, Alas - 2	72
Dios No Cambia con los Años	73
Determinación Inconmovible	74
La Ruta de la Felicidad – 2	76
Metamorfosis	77
La Luces del Litoral	78

ARTÍCULOS POR ORDEN ALFABÉTICO	PÁGINA
Año tras Año	65
Arroyos que Nunca se Secan	5
Asistencia Adicional	69
Borrón y Cuenta Nueva	44
Bumerán	58
Cambio de Mentalidad	63
Castigos, o Parte de Designios	39
Cómo Aumentar tu Fe	56
Cómo Disfrutar Un Buen Matrimonio	64
Con los Pesares, Alas - 1	17
Consuelo	67
Dejar Atrás el Pasado - 2	62
Determinación Inconmovible	74
Dios No Cambia con los Años	73
El Apagón	54
El Perdón	60
El Remedio para la Soledad	8
El Sanador	71
El Valle de Bacca	42
El Verdadero Trono	61

ARTÍCULO	PÁGINA
En las Malas, Alas - 2	72
Eres un Conformista?	35
Fe Para Obrar Milagros	28
Fuerzas en la Flaqueza	37
La Lengua	40
La Ruta de La Felicidad - 1	32
La Decisión	20
La Luces del Litoral	78
La Luz se Abre Paso	34
La Medida de la Fe	22
La Ruta de la Felicidad – 2	76
La Verdadera Navidad	24
Los Pensamientos	52
Metamorfosis	77
Navidad, ¿Ajetreo o Reflexión?	11
Olvida el Pasado - 1	18
Pon a Prueba a Dios	15
Porque Dios lo Dijo - 1	10
Porque Lo Dijo Dios - 2	50
Quietud - 2	48
Reposo - 1	30
Tu Escala de Valores	13
Un Hogar Más Feliz	46
Un Nuevo Comenzar	26

ARROYOS

QUE NUNCA
SE SECAN

Virginia Brandt Berg

nUNCA ME OLVIDARÉ del día en que finalmente tomé conciencia de que las promesas de la Biblia eran concretas, de que podía aplicarlas a mis necesidades cotidianas. Fue una revelación para mí darme cuenta de que Dios era muy preciso en las innumerables promesas hechas en la Palabra y que Él las cumpliría al pie de la letra con tal de que yo las invocara con fe y con seguridad.

La Palabra de Dios dice que se nos han hecho «preciosas y grandísimas promesas» para que por medio de ellas lleguemos a ser «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Sin embargo, a causa de mi limitado entendimiento, esas promesas no eran para mí más que hermosas alegorías. No eran para tomárselas en serio ni aplicarlas a nuestra experiencia cotidiana.

En ese sentido yo me parecía a una mujer muy ignorante que vivió la mayor parte de su vida en un remoto rincón de las tierras altas de Escocia. Era tan pobre que la iglesia le pagaba el arriendo de la casa. Cierta día, cuando el pastor fue a llevarle el dinero del alquiler, le dijo:

—Sra. McKintrick, ¿cómo es que su hijo no la mantiene? Tengo entendido que goza de una estupenda posición en Australia y que es un buen muchacho y la quiere mucho. ¿No es así?

—No lo dude usted —dijo la señora—. Nunca se olvida de mí. Todas las semanas me escribe una carta de lo más cariñosa.

Aquello despertó la curiosidad del pastor, ansioso de saber más de un muchacho que quería tanto a su madre y, sin embargo, no la mantenía. Así que pidió ver algunas de las cartas. La mujer le mostró dos paquetes.

—Éstas son sus cartas —le dijo entregándole el primero de ellos—. Y éstos son los lindos dibujitos que me envía con cada una. Caben exactamente en los sobres. Se ve que piensa en mí constantemente.

—¿Un dibujo con cada carta? —A esas alturas la curiosidad del pastor era incontenible—. ¿Me los mostraría, si es usted tan amable?

—¿Cómo no? —respondió ella—. Algunos son de un hombre montado a caballo, y otros son retratos del Rey. Mire. Éste muestra al rey de Inglaterra. ¡Viva el Rey!

—¡Viva su hijo! —dijo el pastor atónito—. Mi estimada amiga, ¿se da usted cuenta de que es rica? Esto es dinero. ¡Tiene usted una buena suma! ¡Y pensar que ha pasado penurias y necesidad cuando todo este tiempo ha tenido aquí mismo en su casa billetes que usted creía que eran lindos dibujitos!

Pues lo mismo me pasaba a mí con las promesas de la Palabra de Dios. Las consideraba bonitos dibujos, hermosas ale-

**NO ENTENDÍA
HASTA QUÉ
PUNTO QUERÍA
DIOS QUE
TOMARA SUS
PROMESAS
AL PIE DE LA
LETRA.**

gorías. No entendía hasta qué punto quería Dios que las tomara al pie de la letra.

En la Palabra de Dios se nos han hecho preciosas y grandísimas promesas. Además, hay cientos de ellas. ¡Nuestros recursos son ilimitados! Son arroyos que nunca se secan.

Expectación

Los cristianos se dividen en dos categorías: los que oran y cuentan con que suceda algo; y los que oran sin albergar la menor esperanza de que suceda nada.

La oración es un medio para conseguir un fin, un vínculo entre la necesidad humana y los recursos divinos. La oración no es una simple entrega a contemplaciones piadosas que no producen sino un efecto subconsciente en el individuo. La oración es algo sumamente práctico, un medio tan concreto, uniforme y real como las comunicaciones telefónicas. El que contesta en el otro extremo de la línea —Dios mismo— nos dice: «Pedid, y se os dará. No tenéis, porque no pedís» (Mateo 7:7; Santiago 4:2).

Aceptación

A Dios le corresponde dar; a nosotros, recibir. Las Escrituras dicen: «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Cuando pedimos algo orando, ése es el momento de *creer*. Si lo hacemos, recibiremos lo que procuramos.

«Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5:14,15). No dice que las tendremos en un futuro incierto, sino que las tenemos ya, ahora mismo, no porque nuestros sentidos nos lo indiquen, sino porque Dios lo ha dicho.

«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11:1). La fe consiste en creer



que Dios va a responder aunque todavía no se evidencie esa respuesta. Lo que cuenta no es lo que nosotros pensemos al respecto, sino lo que Dios diga. No importa lo que sintamos, sino lo que nuestra fe reivindique.

Fe apropiadora

Desesperado por ilustrar ante sus feligreses el principio de la fe apropiadora, un pastor ofreció en cierta ocasión un valioso reloj de bolsillo a un grupo de muchachitos sentados en primera fila.

—Dime jovencito, ¿te gustaría tener este reloj? —le preguntó al mayor de ellos.

—¡No me tome el pelo! No lo dice usted en serio —respondió el chico.

Repitió la pregunta al que estaba a su lado y a cada uno de los otros. En todos los casos la respuesta fue similar.

Al final, el pastor ofreció el reloj a un chiquillo de unos cinco años que se hallaba sentado al borde de la banca, con el rostro radiante y los ojos clavados en el reverendo.

—A ver, jovencito, ¿te gustaría...?

No tuvo que decir más. Con su manito regordeta el niño rápidamente tomó el reloj y en un santiamén se lo metió en el bolsillo. Acomodándose nuevamente en la banca comentó, con un suspiro de satisfacción propio de una persona mayor, que eso era justamente lo que había querido desde hacía un tiempo.

Al concluir el culto, los otros muchachos se acercaron al pastor para protestar.



—¿Cómo íbamos a saber que hablaba usted en serio? Ese era justo el tipo de reloj que yo quería. Si hablaba en serio, ¿por qué no me lo puso en la mano para que lo supiera?

El más pequeño fue el único que tuvo fe apropiadora y la puso en práctica.

Acción

Muchas personas creen en las promesas de Dios, pero con un criterio impersonal e impreciso: «Es cierto que se aplican en sentido general, pero no específicamente a mí o a esta situación», aducen. En cambio, quien obtiene auténticos resultados es quien una vez que ha pedido algo a Dios, actúa en consecuencia y procede como si ya lo poseyese. Toma al pie de la letra una promesa de Dios y la da por hecha. Eso se llama *afirmarse en la fe*.

Una ilustración espléndida de este principio se halla en el pasaje en que Jesús, dirigiéndose a unos leprosos que habían acudido a Él para que los sanase, les pide que se presenten ante el sacerdote para ser limpiados. Jesús aún no los había curado, pero el versículo dice que «mientras iban, fueron sanados». En la medida en que tradujeron su fe en hechos y obedecieron —pese a que todavía no habían visto la respuesta a sus oraciones—, Dios les salió al encuentro

(Lucas 17:12-14). Cuando desplegamos una *voluntad creyente*, Dios honra ese paso y nos responde. Como se ha dicho alguna vez: «Cuando la fe va al mercado, lleva consigo un canasto».

Firmes en la fe

En una ocasión yo había orado y había hecho todo lo que sabía hacer. No obstante, mi oración no era respondida. Había agotado todos mis recursos y no me quedaba nada por hacer. ¿Por qué no respondía Dios a mi oración?

Mientras hojeaba mi Biblia y oraba, mis ojos dieron con estas breves palabras: «Habiendo acabado todo, estad firmes» (Efesios 6:13). En ese momento vi la luz. Prácticamente había estado culpando al Señor por no responder mi oración, cuando en realidad yo no había estado cumpliendo en absoluto con la parte que me correspondía. No me había afirmado en la fe.

Entonces comencé a alabarlo y a agradecerle que la respuesta ya estuviera en camino. En menos de seis horas la obtuve; pero no es que en el momento en que la vi con mis propios ojos se tornara más real que cuando asumí una postura firme de fe. Lo que había pedido era ya mío. Vemos como consecuencia de haber creído; no al revés.

Contrariamente a lo que cree mucha gente, la fe no está revestida de grandiosidad. No es un sentimiento glorioso ni una sensación extraordinaria. Consiste simplemente en *tomarle la Palabra a Dios*. Así como extendemos la mano para asir algo, la fe es la mano espiritual que se extiende para tomar posesión de las promesas de Dios.

Conéctate hoy mismo con Dios por medio de la oración y preséntale tus peticiones reclamando Sus promesas. Él nunca nos defrauda. ■

(EXTRACTO DEL LIBRO DE VIRGINIA BRANDT BERG QUE LLEVA EL MISMO TÍTULO.)

**LA FE ES
LA MANO
ESPIRITUAL
QUE SE
EXTIENDE
Y RECIBE.**

El remedio para la soledad



Virginia Brandt Berg

Virginia Brandt Berg (1886–1968) fue una famosa pastora y predicadora, una de las primeras en Estados Unidos. Fue igualmente una de las precursoras de la evangelización radial con su programa *Meditation Moments*, que condujo durante 15 años. A continuación reproducimos el texto adaptado de una de sus emisiones.

El corazón humano encierra un misterio: de vez en cuando, a todos nos sobreviene una profunda sensación de soledad.

Algunas de las personas más solitarias que hay en el mundo viven rodeadas de gente. Sin embargo, andan afligidas por la sensación de que nadie las conoce ni las comprende en su fuero interno. Puede que incluso tengan abundancia de cosas materiales, de todo lo que necesitan para satisfacer sus menesteres. Aun así, se quejan de que se sienten solas. Anhelan dialogar con alguien acerca de sus intereses, encontrar a una persona a quien contar sus problemas y que se compadezca de ellas.

Es posible que tengamos

un compañero o compañera de toda la vida, que nos ama entrañablemente y a quien nosotros amamos también. Pero también es probable que incluso él o ella jamás nos conozca ni nos comprenda cabalmente. Puede que alcancemos el éxito o logremos grandes cosas y, sin embargo, no tengamos a nadie con quien compartir plenamente la emoción de cruzar finalmente la meta. El más íntimo de nuestros amigos es ajeno a nuestra alegría más suprema y no puede conocer la medida del más profundo de nuestros dolores. Algunas lágrimas siempre las derramamos a solas. Ningún otro ser humano es capaz de penetrar en lo más recóndito de nuestra mente, alma o

corazón.

«No hay nadie que realmente me entienda y que sienta lo que yo siento.» Ese es nuestro clamor ante situaciones semejantes. Deambulamos solitariamente, cualquiera que sea nuestra suerte o nuestro destino. Cada alma, desconocida hasta por sí misma, debe vivir su vida interior en soledad.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué cobijamos esa apremiante necesidad de sentirnos comprendidos? ¿Por qué albergamos el intenso anhelo de contarle a alguien nuestras alegrías, triunfos, desdichas y derrotas?

¿Acaso Dios —que nos creó como almas vivientes— cometió un error al concebir Su obra maestra, la raza

humana? ¿Dejó algún vacío en nuestra naturaleza? Dispuso los recursos para satisfacer todas las demás necesidades de la vida: pan para el hambre, conocimientos para el intelecto, amor para el corazón. ¿Quiso acaso que el alma quedara sedienta y se frustrara su anhelo de comprensión y fraternidad? ¿Ha desoído el llamado de nuestra soledad?

Esos interrogantes tienen respuesta. Ese vacío, esa carencia que sentimos, denota la necesidad que tiene nuestra alma de acercarse a Dios. Él sabía que cuando echáramos en falta la compasión humana, acudiríamos en busca de la misericordia divina. Sabía que ese sentimiento de alienación sería precisamente lo que nos impulsaría hacia Él.

Dios nos creó para Sí mismo. Ansía nuestro amor. Por eso colocó un letrero en nuestro corazón que reza: «Reservado para Mí». Él anhela ocupar el primer lugar en cada corazón y por ese motivo se ha guardado la llave secreta, la llave para abrir todas las recámaras de nuestro ser y bendecir con perfecta paz y armonía cada alma solitaria que acuda a Él.

Dios mismo es la respuesta, el cumplimiento. Hasta que llene ese vacío interior, jamás nos sentiremos completamente satisfechos. Nunca nos veremos perfectamente libres de la soledad hasta que Él colme

nuestra existencia.

El apóstol Pablo escribió: «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). A Jesús lo conmueven cada una de nuestras inquietudes. Al entrar en nuestra vida, Él se convierte

Eso es lo maravilloso de tener a Jesús en tu corazón: nunca volverás a estar completamente solo, pues lo tendrás siempre a Él. Aun cuando todo lo demás desaparezca, todavía contarás con Jesús. Aunque todos se olviden de ti, Jesús te recordará. Si los amores de este mundo y tus amigos te abandonan, Jesús aún estará contigo. Él prometió: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Cuando el mundo no tenga más que ofrecerte, todavía tendrás a Jesús, ¡y en realidad con Él te basta!

David Brandt Berg

en nuestra satisfacción. La Palabra de Dios dice que Él es «la porción que sacia nuestra alma» (Salmo 107:9; Salmo 73:26). Él satisfará todos los anhelos de tu corazón.

Dios, con Su grandeza y omnipotencia, puede llenar toda alma. Nos brinda compañía total y nos ofrece una amistad ideal y perfecta. Quien nos creó es el único capaz de colmar cada aspecto de nuestra vida. No tenemos por qué volver a sentirnos solos. Jesús dijo: «No te dejaré, ni te desampararé», y: «Yo estoy con vosotros todos los días» (Hebreos 13:5; Mateo 28:20).

Por eso, cuando te embarque esa soledad, recuerda que se trata de la voz de Jesús, que te dice: «Ven a Mí». Y cada vez que te sobrevenga la sensación de que nadie te entiende, es un llamado Suyo para que vuelvas a acudir a Él. Cuando al trastabillar bajo el peso de una abrumadora carga clamas: «No puedo sobrellevar esto por mi cuenta», dices la verdad. Cristo permitió que fuera tan pesada para que tuvieras que pedirle ayuda. La desazón que nadie comprende lleva implícito un mensaje secreto del Rey, que te ruega que acudas de nuevo a Él. Eso es algo que nunca se puede hacer en exceso.

Su presencia satisface el alma que padece soledad, y quienes caminan con Él a diario jamás transitarán por senda solitaria.■

PORQUE DIOS LO DIJO

Adaptación de un artículo de Virginia Brandt Berg

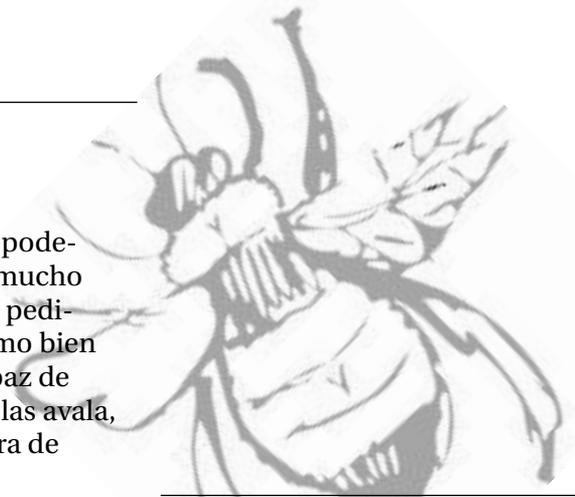
LA PALABRA DE DIOS dice que Él «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). Como bien sabemos, el hombre no siempre es capaz de cumplir sus promesas, pero Dios sí. Él las avala, de modo que si se las invocas en tu hora de necesidad, no te defraudará.

¿Alguna vez has tenido un amigo con quien podías contar en cualquier circunstancia, que te era totalmente leal aunque todo te fuera mal? Los amigos de esa talla son escasos. Por eso los apreciamos tanto. Alguien dijo una vez: «Se produce un vínculo singular entre un hombre y aquello en que confía y de lo cual depende. Un lazo nos ata a aquel con cuya lealtad podemos contar, aun en tiempos tempestuosos». De igual modo, cualquiera que haya puesto a prueba y depositado su confianza en las promesas de la Biblia cuando no hallaba auxilio o esperanza alguna, cuando ya no tenía otra cosa en que apoyarse, ha descubierto que puede confiar en ellas plenamente.

Sabemos por experiencia que podemos fiarnos ilimitadamente de cada Palabra y apoyar todo nuestro peso en ellas.

Lo único que Dios nos pide es que manifestemos una fe sencilla, que le tomemos la palabra y aceptemos Sus promesas al pie de la letra. Hoy en día muchas personas analíticas piensan que es una ridiculez tomarse las promesas de Dios seriamente o de forma textual y entregarlas en el Banco del Cielo a cambio de lo que pedimos. Pero eso es precisamente lo que Dios espera que hagamos.

Tal vez hayas oído hablar de la polémica que existe en torno a la capacidad de volar del abejorro, dado que, según los principios de la ciencia aerodinámica, el tamaño y la forma de su cuerpo en relación a la envergadura de sus alas lo imposibilitarían de practicar el vuelo.



Como quiera que sea, esos razonamientos tienen sin cuidado al abejorro. Hace caso omiso de ello y vuela de todos modos.

Similarmente, pese a todos los incrédulos y sus discursivos filosóficos, hay quienes, valiéndose de una fe y confianza infantiles, a diario acometen cosas que en opinión de los intelectuales escépticos no pueden hacerse. Quienes tienen fe se atreven a tomar las promesas de Dios tal como están, a reclamarlas y a actuar en consecuencia. Así obtienen estupendas respuestas a la oración, soluciones a sus problemas y provisión para sus necesidades.

Dejemos, pues, que los filósofos se enmarañen en sus laberintos de dificultades, dudas y racionalizaciones con el objeto de ilegitimar nuestro derecho a acogernos a estas grandes y preciosas promesas. De una u otra manera, entraremos y nos haremos poseedores del cúmulo de riquezas que encierran. Están allí para ti. Dios te las extendió a título personal, y no dejará de cumplir Su Palabra. Es así porque Dios lo dijo, y Él lo cumplirá. ○



NAVIDAD: ¿Temporada de AJETREO o de REFLEXIÓN?

VIRGINIA BRANDT BERG

Hace varias Navidades estaba yo en la puerta de un moderno centro comercial admirando un precioso pesebre que exhibían en una vitrina. En ese momento pasaron presurosas una madre y su pequeña hija. Al ver el atractivo nacimiento, la niña tomó de la mano a su madre y exclamó:

—¡Mamá, mamá! ¡Paremos un ratito a mirar a Jesús!

Pero la madre, agobiada, le respondió que aún no habían hecho ni la mitad de sus compras y que no tenían tiempo para detenerse. Se alejó, pues, llevando a rastras a su hijita, que quedó visiblemente decepcionada.

Las palabras de aquella niña me resonaron en los oídos durante mucho tiempo. *¡Paremos un ratito a mirar a Jesús!* Pensé en todos los minutos que habían transcurrido vertiginosamente para mí aquella ajetreada Navidad en medio de la vorágine de las compras. ¿Cuántos minutos había pasado haciendo compras, preparando adornos y cocinando en los días previos a la Nochebuena y, por otra parte, cuántos había estado en compañía de Aquel cuyo nacimiento y vida constituyen el auténtico significado de esta fecha?

Jesús está siempre cercano a nosotros. Él «está a mi diestra», y es «más unido que un hermano» (Salmo 16:8; Proverbios 18:24). Tan cerca está que siempre podemos hablar con Él. Su nacimiento es la esencia de la Pascua. Los obsequios que nos hace —paz, amor y alegría de corazón— son la magia sustancial de la Navidad. Con los brazos extendidos nos ofrece esos presentes diciéndonos: «Venid a Mí. Yo os haré descansar. Aprended de Mí y hallaréis descanso para vuestras almas.» (Mateo 11:28–30.) Sin embargo, nunca accedemos a esos regalos si nos abrimos paso a empujones, listas de compras y quehaceres en mano, demasiado ocupados para detenernos y advertir siquiera que Él se encuentra allí.

Reza un viejo axioma: «En noche tormentosa no cae rocío». Asimismo, difícilmente experimentaremos el solaz y el gozo que nos transmite la proximidad de Jesús si estamos embarcados en una frenética carrera de logros y adquisiciones. El rocío del Cielo y las bendiciones de la Navidad recalcan pacíficamente en nuestro corazón cuando nos detenemos un momento y, guardando silencio, lo evocamos a Él. Seguir adelante sin contemplar a Jesús

es desaprovechar la única alegría auténtica y duradera y el único amor perfecto que podemos hacer nuestro en esta vida y compartir para siempre.

¿Por qué no hacer un alto y disfrutar —realmente disfrutar— de lo más puro de la Navidad? Reduzcamos nuestras listas de quehaceres. Disfrutemos de la belleza. La Navidad entraña muchas cosas maravillosas y nos ofrece a la vista numerosos esplendores. Sería lamentable perdérselo todo por andar envolviendo esto y aquello, corriendo a conseguir una última cosa, cocinando tal y tal plato y enfrascándonos en cantidad de preparativos para el festín. Es decir, por abarrotar la Navidad de cosas innecesarias. Mejor es detenernos a disfrutar de las cosas que importan en la vida, en lugar de precipitarnos hacia la Navidad con tal furia que al llegar por fin el Año Nuevo suspiremos con alivio: «¡Sobreviví a la Navidad!»

Jesús vino a traer bendición a nuestra vida. Por eso celebramos la Navidad. Él dijo que había venido para que tuviéramos vida y para que la tuviéramos en abundancia (Juan 10:10). El apóstol Pablo añade: «Tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). La paz y la vida no tienen por qué sernos esquivas en toda su plenitud. Están a nuestra entera disposición estas

Navidades: basta que con demos un espacio a Jesús en nuestra alma y en nuestra realidad cotidiana.

Permíteme pasar un minuto con Jesús. El verdadero espíritu de la Navidad se halla en Él. Quiero que la celebración de Su nacimiento me llegue al alma de forma novedosa este año. Quiero descubrir los regalos que Él me concedió hace tanto tiempo. Quiero participar más íntimamente de la Navidad asemejándome más a Él. Quiero parar un ratito a mirar a Jesús.

Jesús, cada jornada me propongo pasar tranquilos ratos a Tu lado, saborear esa paz que me has dado, oír Tu dulce voz con desahogo.

En un lugar ameno y apartado desechar los afanes de esta vida, dar fuerzas a mi alma alicaída, desterrar la borrasca y el enfado...

Un lugar de serenidad y confianza en el que sólo Tú puedes surtirme de aquello que preciso sin tardanza,

de esa bendición básica y sublime... un lugar de reposo y alabanza, donde mi ser descanse y se ilumine. ★



SEÑOR, PERDÓNANOS

La víspera de Navidad estuvo llena de incidentes, algunos de ellos desagradables. Papá parecía sobrecargado de preocupaciones, no sólo de paquetes. La ansiedad de mamá llegó al límite varias veces a lo largo del día. En cualquier lugar donde se pusiese la niña, estorbaba el paso. Finalmente la mandaron a la cama. El frenético trajín de las actividades navideñas la dejó aturdida. Cuando se arrodilló junto a su lecho para rezar el Padre nuestro, se confundió y dijo: «Perdónanos nuestras *navidades*, como nosotros perdonamos a los que nos *navidan*».

Observar a los tensos y nerviosos compradores durante estas fechas nos induce a orar como aquella chiquilla: «Perdónanos nuestras Navidades».

ANÓNIMO



¿Cómo está tu escala de valores?

Virginia Brandt Berg

ESTABA SENTADA EN UN CAFÉ con vista al mar observando los barcos que navegaban a lo lejos. De golpe advertí que un hombre de la mesa de al lado comentaba algo interesante en un tono de voz tan alto que todos a su alrededor podían oírlo. Su interlocutor le había preguntado:

—¿Por qué diste de baja a Enrique de la plantilla de tu oficina?

—Porque no tenía una escala de valores—respondió el hombre—. No valoraba la vida, ni la salud, ni el dinero, y eso empezó a tener un efecto negativo en mi empresa. Cada vez que lo necesitaba estaba tomando un café. Me daba la impresión de que valoraba más su café que su puesto de trabajo, y se lo advertí varias veces.

Se había levantado una leve brisa, y en el horizonte los veleritos se deslizaban por las aguas. Mientras los observaba y reflexionaba acerca de Enrique, me pregunté cuántas personas simplemente se deslizan como él por la superficie de la vida, sin ningún sentido de los valores. Viven de trivialidades y dejan relegadas las cosas verdaderamente valiosas de nuestra existencia.

¿Cabe imaginarse que alguien arruine un par de guantes finos por recoger una monedita del piso de un garaje manchado de aceite, o que prenda fuego a un billete

para iluminar una alcantarilla donde se le han caído unos centavos? Hay personas que hacen precisamente eso con su vida. ¿Qué las induce a ello? No tienen una escala de valores.

A veces me pregunto si eso es lo que aqueja a nuestro mundo. En un grado superlativo hemos dado más importancia a lo material que a lo espiritual.

Jesús siempre hacía hincapié en lo espiritual. ¿Cuál es razón primordial de nuestra existencia? ¿Para qué vinimos a este mundo? Dios nos encomendó la sagrada misión de amarlo, complacerlo y amar a nuestro prójimo. Sin embargo, ¿damos prioridad a ese mandato? Son demasiadas las veces en que hacemos a un lado a Dios y los valores espirituales para priorizar algún interés trivial y momentáneo.

Cuando eso sucede, perdemos el equilibrio espiritual y nos sumimos en la discordancia y en la confusión. El único remedio en ese caso es restituir a Dios al lugar que le corresponde.

¿Dedicas la debida atención a las cosas que realmente importan? ¿Tienes sentido de los valores, o dejas que las trivialidades y lo material se antepongan a tu relación con Dios? ¿Te impiden esas frivolidades buscar la voluntad de Dios para ti por medio de la

lectura de la Palabra y la oración?

La Biblia contiene la Palabra de Dios. En esa Palabra está la vida. Es alimento para el alma y absolutamente esencial para nuestro crecimiento espiritual. Si nos justificamos alegando que no tenemos tiempo para embebernos de ella, nuestra alma sufre las consecuencias, y nuestro crecimiento espiritual queda truncado.

Orar es comulgar con Dios. Sin oración, el único recurso de que disponemos para andar por la vida son nuestras propias fuerzas e inteligencia, insignificantes comparadas con las de Dios. Su Palabra dice: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5); pero también nos enseña: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). La fortaleza del Señor solo se adquiere orando y leyendo Su Palabra.

Una amiga mía se pasó toda la vida trabajando arduamente para construir y decorar una casita donde esperaba vivir cómodamente unos cuantos años. Apenas unos meses después de terminarla contrajo una enfermedad incurable. Estando yo junto a su cabecera, me dijo:

Nadie alcanza jamás
trascendencia ni
grandeza de espíritu
sin una escala de
valores.

—El tiempo se me acaba. Empleé el poco que tenía en cosas sin ningún valor allá donde me dirijo.

Había adquirido por fin una buena escala de valores, pero demasiado tarde. ¡Qué triste!

A veces quisiera que pudiéramos ver todos los acontecimientos de nuestra vida enmarcados en las consecuencias que traerán consigo. ¡Qué cambio produciría eso en nosotros! No daríamos primacía a trivialidades cuando las cosas eternas demandan nuestra atención.

Quien vive abocado al presente en vez de proyectarse hacia la eternidad no tiene sentido de los valores. Todos los días alguien dirá —quizás no con palabras, pero sí con sus acciones—: «No estoy interesado en obtener una mansión en el Cielo. No me importan los bienes eternos. Prefiero una mansión aquí, o un puñado de fama y gloria. Procuraré obtener mi satisfacción en la Tierra». Con eso el Rey de reyes, que ha ofrecido a esa persona una corona de gloria y un hogar eterno en las moradas celestiales, queda relegado, desdibujado por esas cosas que en realidad carecen de todo valor. ¡No dejes que te suceda eso a ti! •

¿QUIERES VIVIR LA VIDA?

Si anhelas que tu vida tenga sentido y quieres priorizar los valores eternos, el primer paso es aceptar el don máspreciado que se haya concedido jamás: la salvación, la promesa de vida eterna en el Cielo. Lo único que tienes que hacer es abrir tu corazón y dar cabida al Dador de vida, Jesús, rezando sinceramente esta pequeña oración:

Gracias, Jesús, por el gran regalo que me ofreces: el perdón de mis pecados y la vida eterna contigo en el Cielo. Te abro mi corazón y acepto este don que pagaste con Tu propia vida, la cual ofrendaste por mí en la cruz. Concédeme una nueva vida, en la que prime Tu escala de valores. Dame —te lo ruego— la oportunidad de comenzar de nuevo. Llévame a conocerte mejor, a descubrir lo que has dispuesto para mí y a tener más amor por Ti y por el prójimo. Amén. •

Procede como si ya tuvieses lo que has solicitado

Virginia Brandt Berg

Una vez que hayas pedido algo a Dios, actúa en consecuencia. Traduce la fe en hechos. Pon a prueba a Dios: demuéstrale que estás tan convencido de que te responderá que vas a proceder como si ya lo hubiera hecho.

Cuando yo oficiaba de pastora en una iglesia de Wagoner (EE.UU.), había una chica llamada Etta que deseaba ardientemente estudiar para misionera. Durante dos años estuvo orando, a la espera de recibir el dinero que necesitaba para costear su matrícula. Sin embargo, el segundo año se endeudó mucho. La situación se vislumbraba imposible.

Etta vino a mí llorando, muy desanimada. Le pregunté si estaba convencida de que era la voluntad de Dios que fuese a estudiar, y me contestó que estaba completamente segura.

Entonces le dije:

—Yo desde luego no dejaría pasar más tiempo. Llevas dos años pidiéndole el dinero al Señor, pero nunca has demostrado con ninguna de tus acciones que das por seguro que Él te lo proveerá. Si creyeses de todo corazón que Él va a responder tu oración y te va a dar el dinero para el pasaje, la matrícula y todo lo demás, ¿qué harías?

—Haría mi equipaje, escribiría al instituto informándoles que voy y haría todos los demás preparativos para marcharme —contestó ella.

—Pues eso es ni más ni menos lo que haría yo en tu lugar. Aférrate

PON A PRUEBA A DIOS



*Has acudido a presentarte ante un Rey:
¡grandísimas peticiones puedes traer!
Su gracia, favor y poder son tales
que es imposible mermar Sus caudales.*

John Newton (1725–1807)

firmeramente a Su promesa y ponte a arreglar todas tus cosas, como si ya tuvieras el dinero en la mano. Cuando se tiene auténtica fe, se obra como si ya se hubiese obtenido la respuesta. Si alguien te prometiera el dinero, tú le creerías. Sin embargo, Dios mismo te ha prometido en Su Palabra darte las peticiones de tu corazón, y tú no le crees.

—No es así, Sra. Berg —respondió la chica—, sí le creo. Voy a demostrarlo. Me iré a casa a hacer el equipaje y preparar mis cosas. Las clases comienzan dentro de poco. Tendré que darme prisa.

A partir de aquel momento Etta no volvió a vacilar. Se dedicó a hacer los preparativos como si ya tuviese los fondos. Estaba convencida de que el Banco del Cielo abriría sus ventanillas en el momento oportuno.

Apenas un día antes de la fecha prevista para su partida, me llamó para decirme que ya tenía preparada la ropa y demás, pero que no tenía maleta. Por teléfono invocamos la promesa de la Escritura que dice: «Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria» (Filipenses 4:19). Seguí trabajando y me olvidé del asunto.

Como una hora más tarde, una amiga me llamó para decirme que estaba limpiando la casa y que, entre varias cosas de las que quería deshacerse, tenía una maleta grande que no le servía. Se le había ocurrido que a lo mejor a mí podía serme de utilidad.

Me reí y le dije que estaba sirviendo un pedido del Cielo, pero que se había equivocado de dirección. El Señor quería que enviara la maleta a

casa de Etta.

La noche siguiente, fuimos varios a despedirnos de ella. En la estación me dijo al oído:

—¿Sabe? Todavía no tengo el dinero, pero estoy de lo más tranquila, porque sé que el Señor ha oído mi oración y que tengo la petición que le hice (1 Juan 5:14-15).

«En algo nos hemos equivocado», pensé. Unos amigos me habían dicho que habían hecho una colecta para ella, pero...

Mientras meditaba en eso, oí el silbido del tren y a lo lejos vi la luz del faro de la locomotora. Noté que Etta me miraba fijamente. ¿Qué podía decirle?

De pronto llegó corriendo uno de los que habían organizado la colecta.

—Estaba trabajando en mi oficina cuando me acordé del dinero que me habían dado para Etta —dijo—. Y traigo un poco más, obsequio de mi esposa y mío.

—Y aquí hay otro poco —dijo otro amigo que acababa de llegar.

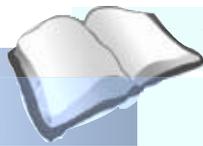
—¡Viajeros, al tren! ¡Viajeros, al tren! —gritó en ese momento el revisor.

—Viajeros, al tren de las promesas de Dios —le dije a Etta—. Dio resultado, ¿no?

—Es maravilloso —contestó ella—, es impresionante lo que puede lograr la fe. •

Oración para hoy

Cuando estoy contigo, Jesús, tengo la certeza de que todo va a salir bien, de que Tú te encargarás de resolver cada cuestión. Sé que te ocuparás de todas las cosas que pensaba que tenía que hacer y que dejé a un lado para pasar tiempo contigo, porque me dices: «Ahora puedo hacerlas por ti». Gracias por llevar mis pesos y hacerte cargo de todos los problemas con los que estaría lidiando por mi cuenta de no haber acudido a Ti para encomendártelos.



LECTURAS ENRIQUECEDORAS

¿Y TÚ?

Si no encuentras ese lugar de paz y reposo en la presencia de Dios, quizá se deba a que aún no has aceptado en tu corazón a Su Hijo Jesús. Él dice: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Puedes aceptar a Jesús ahora mismo rezando la siguiente plegaria:

Jesús, gracias por haber dado la vida por mí para que yo pueda alcanzar la vida eterna. Te ruego que me perdones todas las faltas de amor y consideración que he cometido. Entra en mi corazón, dame el don de la vida eterna y hazme conocer Tu amor y Tu paz. Gracias por escucharme, por responder a esta oración y porque a partir de ahora estarás siempre conmigo. Amén. •

Gratitud

Debemos estar agradecidos por todo lo que el Señor pone en nuestro camino o permite que nos suceda.

1 Tesalonicenses 5:18
Salmo 50:14
Salmo 100:4
Salmo 103:1-2
1 Corintios 15:57
2 Corintios 2:14
Efesios 5:20
Colosenses 3:17

La acción de gracias debe estar siempre presente en nuestras oraciones.

Filipenses 4:6
Colosenses 4:2
1 Tesalonicenses 1:2
1 Timoteo 2:1

Cuando alabamos al Señor en voz alta damos testimonio de Su bondad ante los demás.

Hebreos 13:15
2 Samuel 22:50
1 Crónicas 16:8
Salmo 66:8
Salmo 107:8
1 Pedro 2:9

Demos gracias al Señor con cantos.

Salmo 69:30
Salmo 95:2
Salmo 147:1,7
Efesios 5:19
Colosenses 3:16

Cultivemos el hábito de ser agradecidos.

Salmo 34:1
Salmo 35:28
Salmo 150:6

CON LOS PESARES NOS CRECEN ALAS

Virginia Brandt Berg

Cualesquiera que sean los obstáculos a los que nos enfrentamos en la vida, siempre hay una forma de sobreponernos a ellos. Dios da a Sus hijos alas cuando se ven superados por la situación. Con los pesares nos crecen alas.

En este viejo mundo existe una suerte de fuerza gravitacional siniestra que a diario conspira para mantenernos a ras del suelo. Pero también existe una fuerza capaz de elevarnos hasta al propio corazón de Dios. «Los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Isaías 40:31). Quienes aguardan en oración en presencia del Señor, meditando en Su Palabra, se elevan hasta la dimensión de la paz y el reposo.

Cuando estés agobiado por las tensiones que te asedian, levanta vuelo hacia Dios. Él te llevará a alcanzar la victoria, pues conoce la solución de todos tus problemas. Elévate hacia Dios en busca del reposo que Él te ha prometido. Remóntate en las alas de la oración y la fe y obtén el alivio que únicamente Él puede proporcionarte. Ese es el secreto de una vida victoriosa. •

OLVIDA PASADO

Es común que en el umbral de un nuevo año se nos despierte la intriga por el porvenir. Si bien a veces quisiéramos descubrir lo que nos deparará, Dios ha dispuesto que no podamos correr ese velo de misterio que envuelve el futuro. Yo personalmente me conformo con que sea así, pues tengo la certeza de que Dios sabe lo que más le conviene a cada uno.

Hay, sin embargo, algo que sí conocemos: que podemos dejar atrás el pasado, con todos sus afanes, preocupaciones, angustias, pesares, errores y fallos. ¿No te parece estupendo?

Todo lo sucedido el año pasado —ya si fue bueno, ya si malo—, todo remordimiento o tristeza que nos haya dejado, está en manos de Dios. Si de veras confiamos en Él, podemos extraer agua dulce de las sequedades del desierto del pasado, cualesquiera que hayan sido estas.

En este año que comienza, Él puede ofrecerte una corona en lugar de cenizas, traje de fiesta en vez de espíritu de desaliento, la dicha de la mañana en lugar de las sombras de la noche (Isaías 61:3; Salmo 30:5). Él promete que todas las cosas redundan en bien para los que aman a Dios, «los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). De modo que si eres hijo Suyo y de verdad aceptas Sus designios para ti —si eres de los que aman a Dios y han sido llamados conforme a Su propósito—, Él

puede hacer que todo redunde en tu bien.

¿Cuántas personas afirman confiar en Dios y, sin embargo, se preocupan por las manchas y los borrones de las páginas de su pasado? Nunca se gozan en la plenitud del perdón y la misericordia de Dios, en la promesa de que Él borra nuestros pecados. «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Isaías 43:25).

Dios no pretende que retrocedamos y desandemos lo andado: no podemos volver a vivir el pasado. Además, ¿quién querría hacer eso siendo el futuro tan radiante y promisorio? Cuando pienso en el año que tengo por delante, me acuerdo de todas las promesas divinas que podemos invocar y de lo halagüeño que puede ser el futuro. ¡Qué maravillas pueden producirse, milagros de fe, pues Su Palabra inconmovible está a nuestra disposición!

Jesús está con los brazos extendidos impidiéndonos volver al pasado. Dado que Él ya pagó por nuestros pecados, la Biblia dice que debemos olvidar lo que queda atrás y extendernos a lo que está delante, «prosiguiendo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14).

Nada que hagamos puede exonerarnos del pasado. De todos modos, sí hay redención para nosotros: Jesús nos redime y nos limpia

dios nunca deja de amarte

¿Cómo es Dios? Algunos lo imaginan como una deidad iracunda, una suerte de monstruo que todo lo ve y que porta un gran mazo, con el cual se apresta en todo momento a aporrearnos, un tirano cruel que nos tiene a todos aterrorizados con la amenaza de mandarnos al Infierno. Pero en realidad Dios es amor (1 Juan 4:8). Es un Dios amoroso que se desvive por llevarnos a todos al Cielo. Un Dios cercano, íntimo, personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura. Un Dios que se interesa por nosotros y nos aguarda con los brazos abiertos. Si nos sigue de cerca es sólo porque espera que nos demos la

vuelta y lo recibamos a Él con los brazos abiertos.

Dios nunca nos rechaza ni nos retira Su amor. Nunca pierde esperanza en nosotros, por mucho que nos descaerriemos. Por eso, si te sientes alejado de Dios, será porque no has abierto tu corazón para acoger Su amor y Su perdón. No tienes por qué seguir mortificándote por tus errores y pecados. Si te arrepientes y le pides perdón a Dios, Él te perdonará. Es así de simple (Isaías 1:18; 1 Juan 1:9).

Encamínate hacia Dios, vuélvete a Él y busca el camino de regreso a casa. El Padre entonces saldrá corriendo a recibirte con los brazos abiertos (Lucas 15:18-24).

David Brandt Berg (D.B.B.)

Si aún no has experimentado el amor y el perdón divinos, pruébalos ahora mismo rezando sinceramente una sencilla plegaria como la que sigue:

Te agradezco, Jesús, el sacrificio que hiciste para expiar mis errores y malas acciones. Así puedo obtener ahora perdón y dejar atrás el pasado. Gracias por limpiarme de todo pecado —pasado, presente y futuro— por fe. Te ruego que entres en mi corazón, me perdones y me concedas el don de la vida eterna. Amén. ■

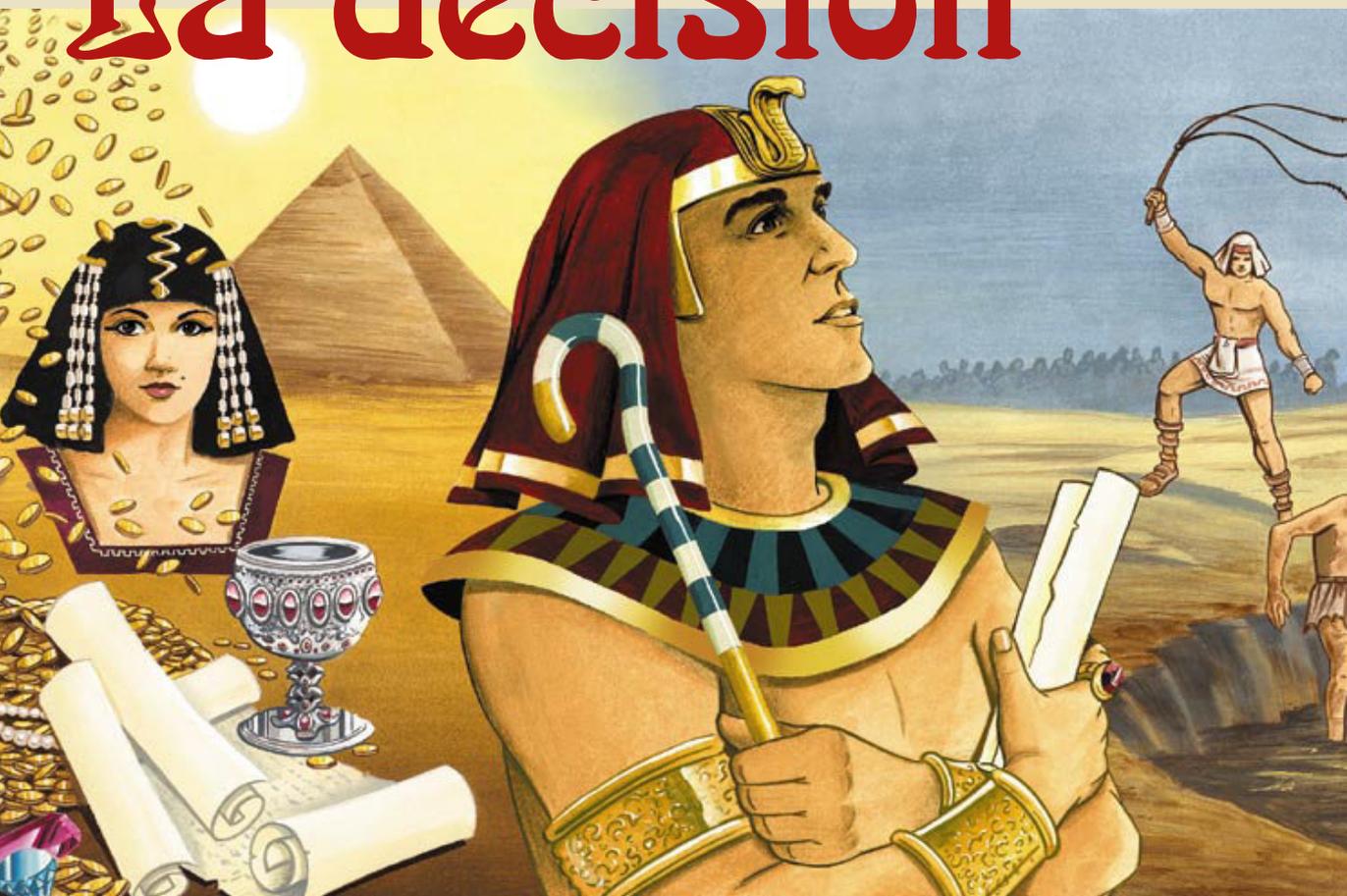
de todo el ayer. Mas ¡qué pena que sigamos cargando con el pasado cuando el Señor hizo un tremendo sacrificio precisamente para librar-nos de ese lastre!

¿Habrá algo más maravilloso que el milagro del perdón, la seguridad de que Jesús nos ha perdonado nuestros pecados? Y lo mejor es que eso se nos aplica a todos. Él

murió por todos nosotros. Lo único que tenemos que hacer es extender la mano y tomarlo, tomarlo a Él por Salvador y aceptar Su perdón.

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Él lo ha prometido, y no puede faltar a Su Palabra. ■

La decisión



VIRGINIA BRANDT BERG

¿ALGUNA VEZ HAS PENSADO en la decisión que tuvo que tomar Moisés para abandonar Egipto? Fue precisamente esa decisión la que hizo de él un gran hombre. A Salomón se lo recuerda por su sabiduría, a Daniel por sus visiones, a David por sus salmos y a Pedro por su celo. En cambio, Moisés alcanzó la celebridad a raíz de la decisión que tomó.

En el capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos Moisés aparece incluido entre los famosos héroes de la fe: «Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado,

teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón» (Hebreos 11:24-26).

Moisés, a quien la hija del Faraón encontró en una cesta entre los juncos del río Nilo, se crió en el palacio real, donde gozó de privilegios y opulencia. Pero ya siendo mayor tuvo que tomar una determinación. Era hebreo; no egipcio. Por tanto, ¿sería fiel a Egipto y llevaría la corona de los faraones, u optaría por reintegrarse a su propio pueblo?

Es de suponer que aquello puso al joven Moisés en un grave dilema. Cabe imaginárselo subiendo a algún



Si optaba por convertirse en uno de ellos, tendría que renunciar a las comodidades y lujos de los que siempre había gozado.

lugar elevado y observando las luces de la ciudad imperial, el palacio con todas sus riquezas y belleza, con aquellas cosas a las que se había habituado toda su vida. Supongo que de ahí volvió la mirada al sur y contempló las pirámides, donde los hombres de su pueblo trabajaban como esclavos del Faraón elaborando ladrillos. Al verlos trajinar al son del látigo de sus captores, el corazón de Moisés debía de arder dentro de él. Eran de su mismo linaje, pero si optaba por convertirse en uno de ellos, tendría que renunciar a las comodidades y lujos de los que siempre había gozado. Vestiría el atuendo de los esclavos y dejaría atrás para siempre a su madrastra, la hija del Faraón. Pese a ello, la Palabra de Dios dice que escogió «antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado».

Tengamos en cuenta que aquellos *deleites del pecado* eran más tentadores de lo que uno pensaría leyendo ese simple pasaje: en aquel entonces Egipto era el lugar más atractivo de la Tierra. Sus bodegas rebosaban de grano, y los tesoros del mundo llenaban sus arcas. Moisés pudo haber heredado todo aquello.

Habiendo sido instruido «en toda la sabiduría de los egipcios» (Hechos 7:22), era perfectamente consciente de lo que entrañaba aquella decisión: renunciar a las riquezas del imperio más poderoso de la Tierra para hacerse esclavo. Sin embargo, además de poseer cultura y sabiduría, Moisés tenía visión de futuro: estuvo dispuesto a sacrificar los placeres del presente para obtener recompensas futuras. Tuvo, según reza la Escritura, «puesta la mirada en el galardón». Es decir, sabía que los deleites del pecado duraban apenas un momento y que, en cambio, las recompensas divinas

por decidir con acierto serían eternas.

Moisés comprendió que, sin el favor de Dios, un millonario es apenas un mendigo. El apóstol Pablo escribió de Jesús: «Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico» (2 Corintios 8:9). Esa misma decisión tomó Moisés.

Pese a que aquella resolución supuso privaciones, sufrimientos y una terrible humillación, prefirió ser el menor de los hijos de Dios aquí en la Tierra y llevar una corona para siempre en el Cielo (Santiago 1:12; Apocalipsis 2:10). Así pues, tomó partido por los hijos de Dios, a fin de comparecer junto a ellos delante del Rey eterno.

Desde la escalinata del palacio, la determinación de Moisés pudo haber parecido insensata. Sin embargo, cuando él vuelve hoy la vista atrás desde la escalinata que conduce al trono de Dios en el Cielo, se hace evidente que fue una decisión muy atinada y magnífica. Como consecuencia, llegó a ser uno de los grandes dirigentes de la Historia, y su influencia se hace sentir hasta el día de hoy.

Actualmente son muchos los que al tomar decisiones pecan de miopía: solo ven el presente, y por él hipotecan su futuro. No ven el galardón que podría ser suyo.

¿Qué decisiones tomas tú? ¿Eres corto de miras? ¿Sufres de miopía espiritual y vives mayormente para el presente? ¿O guardas en tu pensamiento y en tu corazón la expectativa del gran galardón que Dios ha prometido a quienes le den prioridad y busquen primeramente Su reino?

¿Los placeres te nublan la vista y te impiden ver el gran premio que Dios te tiene reservado? Las realidades de la eternidad son deleites perdurables. Dios te ama y tiene grandes planes para ti, pero deja la decisión en tus manos. Elige bien. •

La medida de fe



VIRGINIA BRANDT BERG

En la vida espiritual, la fe nos demuestra verdades espirituales, de la misma forma que nuestros cinco sentidos nos proporcionan pruebas del mundo físico.

UN AMIGO MÍO LE PREGUNTÓ al gerente de un supermercado si alguna vez un desconocido le había pagado con un cheque sin fondos.

—No —respondió él—. Yo nunca miro el cheque. Miro a la persona. Si la persona me inspira confianza, le acepto el cheque.

De eso podemos extraer una enseñanza muy valiosa acerca de la fe.

En Hebreos 10:23 encontramos las siguientes palabras: «Fiel es el que prometió». ¿Quién hace las promesas de la Palabra de Dios? Dios mismo. Si miramos al Hacedor de las promesas no puede haber dudas acerca de su validez absoluta. La Palabra de Dios dice: «Vuelve ahora en amistad con Él, y tendrás paz, y por ello te vendrá bien» (Job 22:21).

Conocer a Dios es tener la certeza de que Él cumplirá todas las promesas que nos ha hecho. Abraham conocía a Dios y no «dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe [...], plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido» (Romanos 4:20,21).

Hay personas que piensan que la fe es algo muy misterioso fuera de su alcance. Otros consideran que se trata de un don innato que algunos tienen en abundancia y otros no. Ambos conceptos son erróneos.

«Conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno» (Romanos 12:3). A todo el mundo se le ha dado

una medida de fe. Lo que pasa es que muchos no la ejercitan. Al igual que sucede con los músculos, si no ejercitamos nuestra fe, se torna flácida. Para que la fe crezca, hay que ejercitarla constantemente.

La fe no se obtiene haciendo análisis académicos de la Palabra de Dios; no es a los sabios y a los entendidos a quienes se les revelan los secretos divinos más profundos (Mateo 11:25), sino a quienes se atreven a tomar a Dios al pie de la letra.

Quienes manifiestan una fe infantil hacen caso omiso de todas las dudas y argumentaciones. Cuando obtienen de Dios el cumplimiento de una promesa que los intelectuales no logran captar, éstos quedan avergonzados.

Aunque la fe obra en un ámbito totalmente distinto del de nuestros cinco sentidos, se le aplican algunos de los mismos principios. Cuando degustamos algo dulce, tenemos prueba de ello porque nuestras papilas así nos lo indican. Por más que alguien nos diga lo contrario, sabemos que es dulce porque contamos con la prueba de que así es.

En la vida espiritual, la fe nos demuestra verdades espirituales, de la misma forma que nuestros cinco sentidos nos proporcionan pruebas del mundo físico. Así como aceptamos lo que nos indican nuestros sentidos, debemos aceptar como evidencia lo que nos indica la fe. Cuando lo hacemos, nuestra fe hace que se concreten

¡PON A DIOS A PRUEBA! ¡DEMUÉSTRAME QUE EXISTE!

Muchas personas que afirman no creer en Dios en el fondo no son ateas. A lo mejor es que simplemente no han llegado a una conclusión definitiva, porque no han tenido ocasión de conocer la verdad. Pero por mucho que necesiten respuestas que zanjen sus dudas e interrogantes para poder convencerse, si son sinceras y realmente desean hallar esas respuestas, si de veras quieren conocer a Dios, Él se las revelará.

Aunque no creas en Dios, ni en la Biblia, ni en nada, puedes poner a Dios en un tubo de ensayo y demostrar Su existencia. Y ese tubo eres tú mismo. Pon a Dios dentro de ti y fijate qué pasa. Ora sincera-

mente diciéndole: «Dios, si existe un Dios en alguna parte, quiero verlo. Maniféstate». Y Él lo hará. Por medio de esa prueba admites la posibilidad de que exista y por lo tanto le das una oportunidad. Hay en ti una chispita, una semilla de fe como un grano de mostaza que comienza a germinar. Pues bien, Dios honrará esa fe permitiéndote ver, sentir y conocer la prueba. Aunque Dios no siempre responde nuestras oraciones de inmediato ni como lo esperamos, tarde o temprano de algún modo lo hace.

A Dios le encanta la fe. Nos ama porque creemos lo que nos dice. Una vez que empieces a manifestar fe en Él, te demostrará Su existencia de muchas maneras, mediante oraciones respondidas y milagros, incluso con la transformación de tu propia vida.

D.B.B.

nuestras expectativas y las torna en realidad. «Como creíste, te sea hecho» (Mateo 8:13).

Toma a Dios al pie de la letra. Cuando te sobrevengan pruebas y tribulaciones, en vez de dejar que se agraven y se acumulen, echa mano de tu Biblia, busca una promesa y reclámala invocando el nombre de Jesús. Esta es una que empleo con frecuencia, aunque sobrepasa totalmente mi entendimiento: «Todo lo que pidieréis al Padre en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13). Y otra más: «Clama a Mí, y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).

Con razón la Biblia califica esas promesas de «preciosas y grandísimas» y nos indica que por medio de ellas podemos ser «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Lo único que necesitamos es una fe sencilla.

•

Así como existe una fuerza invisible de atracción que aglutina el mundo material y un principio invisible de confianza sobre el que se asienta el mundo financiero, la invisible ley de la fe es la fuerza subyacente que da cohesión al mundo espiritual.

V.B.B.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

El remedio para el desaliento y la depresión

El desaliento es un ataque espiritual que debe afrontarse espiritualmente.

2 Corintios 10:4,5

Efesios 6:11,16,17

Santiago 4:7

Meditar en Jesús y en la eternidad contribuye a poner las cosas en su debida perspectiva.

Romanos 8:18

2 Corintios 4:16-18

Hebreos 12:2,3

Llena tu corazón y tus pensamientos de la Palabra de Dios.

Salmo 94:19

Salmo 119:28

Salmo 119:59

Juan 8:31,32

Juan 15:3

Da gracias a Dios por lo que tienes y piensa positivamente.

Salmo 42:5

Salmo 103:2

Isaías 26:3

Efesios 5:18b,19

Filipenses 4:8

Manifiesta fe y alaba al Señor por haberte librado.

Salmo 9:1

Salmo 35:28

Salmo 66:8,16

Salmo 107:2

Olvidate de ti mismo y de tus problemas y ocúpate en ayudar a los demás.

Isaías 41:6

Proverbios 11:25

Lucas 6:38

Versículos que puedes invocar cuando te sientas abatido:

Deuteronomio 31:6

Salmo 31:24

Salmo 142:3a,7a

Juan 14:1

1 Corintios 10:13

La verdadera Navidad

LA VERDADERA NAVIDAD

VIRGINIA BRANDT BERG

ALGUNAS PERSONAS NO ALCANZAN a comprender cómo es que Dios bajó del Cielo y se encarnó, pero así fue. A mí no me resulta extraño. Es más, no me cuesta creerlo porque todos los días veo nacer a Jesús en muchas almas. Él viene a morar en el corazón humano y a transformar vidas, y eso para mí es un gran milagro. De hecho, es un milagro enorme el que Él pueda nacer en tu corazón y en el mío, vivir en nosotros e identificarse así con nosotros.

La Palabra de Dios dice que Jesús será llamado Admirable. «Un niño nos es nacido, Hijo nos es dado, y el principado sobre Su hombro; y se llamará

su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9:6).

Su nombre es Admirable, porque vivió admirablemente. Fue por todos lados haciendo el bien y sanando a los oprimidos (Hechos 10:38). Fue admirable Su muerte, toda vez que murió por nosotros para que alcanzáramos la vida eterna (1 Pedro 2:24; 1 Juan 4:9). Admirable fue también Su resurrección, ya que se levantó de los muertos para que nosotros también pudiéramos resucitar (1 Corintios 15:20,21). Por último, es también admirable ahora en Su vida después de la muerte, pues vive para interceder por nosotros (Hebreos 7:25).

Sin embargo, no basta que Cristo, el Rey de reyes, naciera en Belén bajo aquella estrella que anunció Su venida; Él no halla Su verdadero trono hasta que no nace también en tu corazón. ¿Lo invitarás a formar parte de tu vida?

Tal vez hayas visto el famoso cuadro de William Holman Hunt en



Navidad

ALABANZAS NAVIDEÑAS

Al reunirse con tus seres queridos esta Navidad, tal vez desees aprovechar la oportunidad para agradecerle al Señor todo lo que nos dio hace mucho tiempo cuando vino a la Tierra encarnado en un tierno bebé.

A continuación te ofrecemos algunas oraciones breves de gratitud que pueden leerse privadamente o en grupo, por turno.

¡Que Dios te dé una Navidad colmada de alabanzas!

el que se aprecia a Jesús de pie ante una puerta cerrada, llevando un farol. Poco después que el pintor concluyera lo que a la postre fue su obra más renombrada, alguien se llegó hasta él y le comentó que había cometido un error: la puerta no tenía manija.

—No fue un error —replicó Hunt—. La puerta debe abrirse desde dentro. La manija está del lado de dentro.

Jesús, el Salvador, no puede pasar una puerta a menos que se la abran desde dentro. La Palabra de Dios dice: «A todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). Recíbelo en esta Navidad. Cambiará tu vida. Acógello en tu corazón.



Si aún no has recibido el don más precioso de Dios —Jesús—, hazlo ahora mismo rezando una sencilla plegaria como la que sigue:

Gracias, Jesús, por venir a la Tierra a vivir igual que uno de nosotros y a sufrir todas las cosas que nosotros sufrimos para que llegáramos a conocer el amor de nuestro Padre celestial. Gracias también por morir por mí, para que pudiera reconciliarme con Él y alcanzar la vida eterna en el Cielo. Te acepto ahora como Salvador. Te ruego que me perdones todas mis faltas y que pueda llegar a conocerte y a amarte de forma profunda y personal. Amén. 🕯

Navidad. ¡Qué época tan particular! Gracias, Jesús, por darnos esta singular ocasión para amarte y disfrutar de Tu compañía y de la de nuestros seres queridos.

Gracias por abandonar la corte celestial para traernos un cachito de Cielo a la Tierra.

Así como el cántico de los ángeles guió a los pastores a Tu cuna, que las campanas de la Navidad nos lleven a arrodillarnos y rendirte culto con alabanzas.

Gracias por prodigarnos tantos dones: la maravilla de Tu amor, el tesoro de Tu Espíritu, la calidez que nos manifiestas, el gozo de Tu presencia, la salvación, la felicidad, los objetivos, la paz interior y muchas cosas más que nos das.

Mira lo que iniciaste, Jesús, cuando accediste a venir a la Tierra por nosotros después que Tu Padre te lo pidió. A cambio, ayúdame a acceder a todo lo que Tú me pidas.

¡Feliz cumpleaños, Jesús! Te amamos y te bendecimos por todo lo que has hecho por nosotros y por ser nuestro íntimo amigo.

Eres lo más dulce que hay. Muévenos a amarte no solo el día de Navidad, sino todos los días del año.

Eres más bello que ningún árbol de Navidad, más estupendo que ningún regalo, más emocionante que ninguna fiesta de Pascua. ¡Llenas de sentido nuestra vida!

Teniéndote en nuestro corazón, la Navidad cobra un sentido maravilloso. Ayúdanos a difundir Tu amor para que los demás también puedan disfrutar de la Navidad como nosotros.

Te damos gracias por la Navidad. Gracias por darnos este día especial para disfrutar de Ti y de nuestros seres queridos. Gracias por vivir y morir por nosotros. Gracias por el don impercedero de la vida, que podemos compartir con los demás.

Un nuevo comenzar

VIRGINIA BRANDT BERG

La Tierra del Nuevo Comenzar

Ojalá hubiera un sitio espléndido
llamado «La Tierra del Nuevo Comen-
zar»
en el que pudiéramos colgar en la
puerta
todos nuestros yerros y angustias,
nuestro egoísmo y codicia
para no recogerlos jamás.
Ojalá diéramos con él fortuitamente
como el cazador que halla un sendero
perdido.
Y ojalá aquel a quien en nuestra
ceguera
hemos hecho la más grande injusticia
estuviera a la puerta aguardándonos
como al amigo al que se recibe
dichoso.

LOUISE FLETCHER TARKINGTON

AFORTUNADAMENTE ESE SITIO EXISTE —la Tierra del Nuevo Comenzar—, y cualquiera puede hallarlo, sin importar cómo haya sido su pasado. Lo encontrarás en los siguientes versículos de la Biblia:

«Este es el mensaje que hemos oído de Él [Jesús], y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él. [...] Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado. Si confesamos nuestros pecados —ahí tienes la puerta en que podemos colgar nuestros yerros y angustias—, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:5,7,9).

Ese pasaje, al igual que muchos otros de la Biblia, contiene una promesa fantástica que te hace tu Padre celestial porque te ama entrañablemente. Dios te ha dado «preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegues a ser participante de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4).

Dios garantiza esas promesas con todo Su poder y capacidad. Sin embargo, están sujetas a ciertas condiciones que tú debes cumplir. Aunque Dios impone sus propios términos, benditos somos cuando cumplimos con ellos. Al someternos a Sus condiciones, nos llueve un cúmulo de bendiciones y tesoros. He aquí las llaves que abren las bóvedas de caudales del Cielo: conocer y cumplir con las condiciones a las que está sujeta cada promesa.

Dios no solo quiere que tengamos satisfechas todas nuestras necesidades y que veamos los deseos más grandes de nuestro corazón hechos realidad, sino que anhela que así sea. El rey David escribió en los Salmos: «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). No debemos, sin embargo, desoir la condición: «Deléitate en el Señor». Dios te concederá los deseos de tu corazón —lo dijo y por ende lo efectuará—, pero primero hay que cumplir la condición. Primero te deleitas en Él amándolo más que a nadie y por encima de todo y haciendo todo lo posible por complacerlo. Luego Él te concede tus deseos.

Las condiciones que Dios impone no son difíciles. Jesús dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga» (Mateo 11:28-30).

La Biblia nos hace espléndidas promesas. Nos garantiza perdón de nuestros pecados, alegría, paz interior, vida eterna, tantas cosas que no podría empezar siquiera a enumerarlas todas. Esas promesas están escritas para ti y pueden transformar por completo tu vida. Pero antes debes cumplir las condiciones, la primera de las cuales es acudir a Dios y admitir humildemente que necesitas Su ayuda y perdón (1 Juan 1:9). Él es capaz de perdonar cualquier yerro, y lo hará, con la condición de que se lo pidas.

La Palabra de Dios dice: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13). No seas como la criada a la que cuando su patrona le preguntó si había levantado la alfombra y barrido debajo, le contestó: «Sí, señora. Barrí todo debajo de la alfombra».

«Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar.»

Lo que barremos debajo de la alfombra suele volver a salir a la luz y perseguirnos. Nada sacamos con hacer de cuenta que todo está bien cuando no lo está. En cambio, si aceptamos humildemente las condiciones que Dios nos pone para otorgarnos el perdón, nos lo concede. En cuanto confesamos que somos pecadores y acudimos a Jesucristo, nuestro Salvador, en busca de ayuda, Él entra en nuestra vida, nos transforma y nos concede una libertad cual no hemos conocido nunca. «El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará juntamente con Él todas las cosas?» (Romanos 8:32), entre ellas, un nuevo comenzar.

—

Si aún no has conocido el amor y el perdón de Dios, haz sinceramente una sencilla plegaria como la que sigue:

Te agradezco, Jesús, que sufrieras por mis errores y malas acciones, de modo que pueda obtener perdón y dejar atrás mi pasado. Gracias por limpiarme de todo pecado —pasado, presente y futuro— por medio de la fe. Te ruego ahora que entres en mi corazón, que me perdones y me concedas el don de la vida eterna. Amén. •

Para tachonar de estrellas el espacio,
para colgar el mundo en el vacío
hizo falta nada menos que un milagro.
Mas cuando Jesús me rescató,
me transformó y salvó mi alma,
también hizo falta un milagro,
un milagro de Su amor y de Su gracia.

JOHN PETERSON

FE PARA OBRAR MILAGROS

VIRGINIA BRANDT BERG

El poder de Dios no ha cambiado; y cuando ese poder entra en contacto con la fe de un creyente sincero, es de esperar que acontezca un milagro.

NO LOGRO ENTENDER CÓMO PUEDE ALGUIEN DESCREER DE LOS MILAGROS SIENDO QUE LA BIBLIA REGISTRA TANTOS. Claro que uno suele encontrarse con intelectuales que argumentan —en muchos casos con florido estilo académico y tono petulante— que los milagros relatados en la Biblia nunca ocurrieron, o que pueden explicarse científicamente, o que aun admitiendo que se produjeron en aquel entonces, no son posibles hoy en día. Lo cierto es que sí se produjeron tal como narra la Biblia. Y en todos los casos no se requirieron más que dos elementos: el poder de Dios y la fe de un ser humano. Huelga decir que el poder de Dios no ha cambiado; y cuando ese poder entra en contacto con la fe de un creyente sincero, es de esperar que acontezca un milagro. ¡Ocurre todo el tiempo!

Por virtud propia, la fe en la Biblia engendra fe en lo milagroso. La Biblia no solo revela los actos de un Dios sobrenatural, sino que imparte fe a quien la lee con una actitud abierta (Romanos 10:17). Las Sagradas Escrituras tienen un efecto transformador en nuestra vida, y eso nos infunde fe para que se produzcan otros milagros. La fe en Dios y en Su Hijo Jesucristo,

la fe en el Cristo de la Biblia, se traduce en fe para lo cotidiano. Ello obedece a que la fe verdadera se afirma en un Cristo inalterable. Como consecuencia, Su poder produce los mismos resultados hoy en día que en la época de Su ministerio terrenal y que cuando se manifestó por medio de Sus primeros seguidores.

Poco antes de Su crucifixión, Jesús prometió: «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12). Luego, después de Su resurrección, cuando se apareció ante Sus discípulos, dijo que señales —milagros— acompañarían a los que creyeran en Él; y en efecto, así fue (Marcos 16:17,18,20). No pasó mucho tiempo antes que empezara a decirse de los primeros cristianos: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá» (Hechos 17:6). Aquellos primeros discípulos y los que siguieron sus pasos tenían tal confianza en que el poder sobrenatural de Dios estaba a su disposición que se atrevieron a enfrentarse al Imperio Romano y sacudieron sus mismos cimientos.

Si Jesús es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8), ¿por

qué nos cuesta tanto creer que hoy en día es capaz de obrar milagros de la misma envergadura en respuesta a nuestras oraciones? Donde uno encuentra expresiones de fe auténtica, encuentra también milagros. La fidelidad de Dios a Su Palabra lo obliga a obrar milagros.

De ello podemos inferir que cuando no vemos milagros es porque carecemos de fe, no porque Cristo o Sus promesas se hayan desvirtuado en absoluto. Si vivimos inmersos en Su Palabra, si extraemos de ella Sus promesas y apoyamos nuestra fe en ella, si confiamos en que Dios ha de cumplir Su Palabra aun cuando parezca imposible, veremos hacerse realidad cosas materialmente imposibles. Veremos a Dios obrar en la dimensión sobrenatural.

Ruego a Dios que te ayude a descubrir lo sobrenatural y que aprendas a depositar toda tu confianza en la realidad del poder divino, al cual puedes acceder por medio de la milagrosa Palabra de Dios. «Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios» (Marcos 10:27).

Desde hace muchos años tengo la costumbre de confiar en que Dios obre un milagro cuando surge una necesidad acuciante. No siempre obtengo el milagro por el que rezo, pero eso en ningún caso es culpa de Dios. Y son muchas más las veces en que milagrosamente me concede mis peticiones que aquellas en las que me mantiene a la expectativa o me las deniega.

«Los ojos del Señor contemplan toda la Tierra, para mostrar Su poder a favor de los que tienen corazón perfecto [lleno de fe] para con Él» (2 Crónicas 16:9). La compasión y el amor que te tiene, Su disposición para rescatarte en momentos de necesidad y Su fidelidad a Sus promesas permanecen inmutables hoy en día. Él anhela ver tu fe y cubrir tus necesidades.

La próxima vez que necesites un milagro, reclama la siguiente promesa con toda confianza: «El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?» (Romanos 8:32). Su poder es el mismo, y está a tu alcance. Dios todavía está en Su trono, y la oración —la oración ferviente y llena de fe— cambia las cosas. •



LA FE EN ACCIÓN

Una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó Su manto. Porque decía: «Si tocare tan solamente Su manto, seré salva».

Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de Él, volviéndose a la multitud, dijo:

—¿Quién ha tocado Mis vestidos?

Sus discípulos le dijeron:

—Ves que la multitud te aprieta, y dices:

«¿Quién me ha tocado?»

Pero Él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de Él, y le dijo toda la verdad. Y Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote.

MARCOS 5:25-34

Reposo

PUEDA REFRESCARNOS EL ALMA,
ACLARARNOS LOS PENSAMIENTOS
Y LIBRARNOS DEL ESTRÉS.

«¡QUÉ PRESIÓN TAN TREMENDA! ¡No aguanto más! ¡Es insoportable!» La gente habla de la tensión a la que está sometida, la cual se le refleja en el rostro. Vivimos atrapados en la vorágine del tiempo. Nos movemos a una velocidad vertiginosa y a un incesante ritmo, que nos afecta física, mental y espiritualmente.

Hoy intenté pasar unos momentos a solas y en silencio. Advertí hasta qué punto la inquietud, el estrés y las tensiones habían hecho presa de mí. Pero sé dónde puedo hallar reposo y sosiego. La definición de *reposo*, según el diccionario, es: «Quietud, falta de actividad». A su vez, el verbo *reposar* significa: «Permanecer en quietud y en paz». Eso suena muy bonito. Pero más de uno se preguntará cómo se alcanza ese estado. ¿Cómo encuentra uno

ese reposo si siempre vive aprisa y corriendo?

Cuando paso unos momentos a solas, en presencia de Dios, cuando leo y estudio Su Palabra, cuando examino mi corazón y dedico tiempo a la oración, recupero la paz que Jesús promete, el grato descanso que únicamente Dios puede dar. Ese es el remedio que alivia del todo el estrés que agobia nuestro espíritu y el bálsamo que despeja la inquietud del alma y las tensiones que nos aquejan físicamente.

Mucha gente hoy en día se ve obligada a tomar tranquilizantes para aliviar el estrés causado por el trajín de la vida moderna. Hace poco leí una anécdota sobre un señor que llegó a su casa apresuradísimo. Venía del trabajo y le comentó a su mujer: «¡Es increíble todo lo que pasó hoy en la oficina! Dame uno de esos tranquilizantes. Estoy bajo tanta presión y tanto estrés que no aguanto más». La esposa le dio la pastilla, y en ese momento lo llamaron

por teléfono para que volviera a la oficina porque un cliente importante quería hacer un pedido grande. El hombre preguntó a su mujer: «¿Dónde están las otras píldoras, las estimulantes? ¡Necesito una!» Hay quienes toman estimulantes para rendir más y luego calmantes para tranquilizarse.

Son tantas las presiones que algunos no tienen más remedio. Sin embargo, los cristianos disponemos de otros recursos. Podemos dedicar ratos a la meditación y así, en la presencia de Dios, aminorar el frenesí de la vida moderna. Tenemos que hacer la parte que nos corresponde para buscar al Señor en silencio. Veamos algunos versículos que corroboran este principio:

«Moisés les respondió: “Esperad y oiré lo que ordena el Señor acerca de vosotros”» (Números 9:8). Tuvo que pedir a los israelitas que aguardaran para poder oír lo que el Señor les quería decir.

1 Samuel 9:27: «Dijo [el profeta] Samuel [al rey] Saúl: “Di al criado que se adelante [...] mas espera tú un poco para que te declare la Palabra de Dios”».

Cuando ofrezco asesoramiento y oración, a veces resulta difícil conseguir que una persona haga una pausa suficiente para escuchar la Palabra de Dios. En 1 Samuel 12:7 tenemos

un ejemplo magnífico de eso. En ese pasaje el profeta exhorta al pueblo: «Ahora, pues, aguardad, y discutiré con vosotros delante del Señor».

Job 37:14: «Detente, y considera las maravillas de Dios».

El rey David habló de meditar y comulgar con Dios de noche: «Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad» (Salmo 4:4). Amén de todo ello, Dios dice: «Estad quietos y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10).

Si buscamos a Dios en el silencio y leemos Su Palabra, puede refrescarnos el alma, aclararnos los pensamientos y librarnos del estrés. Algunos consideran una pérdida de tiempo hacer una pausa para meditar o detenerse a orar. Sin

embargo, millones de personas de todas las épocas han descubierto que solo en presencia de Dios encuentran descanso, paz y alivio de las presiones de la vida.

La oración hace posible que nos beneficiemos del poder de Dios, el cual disipa el estrés de la vida. Reflexiona en lo que te digo. La Palabra de Dios nos enseña que los que creen descansan en el Señor. «Los que hemos creído entramos en el reposo» (Hebreos 4:3). Y a continuación dice: «Queda un reposo para el pueblo de Dios» (Hebreos 4:9). No hace falta esperar a llegar al Cielo para gozar de ese reposo. Puedes contar con él ahora mismo. Que Dios te bendiga y te conduzca a Su remanso de perfecta paz. •



LO QUE NECESITO

ME HABÍA COMPROMETIDO A HACERME CARGO DE MARCIA los domingos por la mañana. Cierta mañana, la niña, que tenía cuatro años, agotó en los primeros siete minutos mi bolsa llena de libros de colorear y rompecabezas. Ni los caramelos retuvieron su atención por más de treinta segundos.

Colocando entre mis manos su rostro encantador, la miré a los ojos y le pregunté en voz baja:

—¿Qué te hace falta hoy para estar contenta?

Devolviéndome la mirada, respondió bajito:

—¡Sentarme en tus piernas!

La abracé y se acurrucó apoyando su aterciopelada mejilla contra la piel de mi cuello. Apenas si se movió de esa posición en una hora.

Recuerdo ocasiones en que, aun siendo adulta, me he comportado como Marcia. Me sentía inquieta e insatisfecha, y nada me complacía. Espero que la próxima vez sea tan inteligente como ella y exponga mis necesidades con igual franqueza. En cuanto me refugio en el regazo de Jesús, se disipa mi inquietud.

ANÓNIMO

LA RUTA DE LA



VIRGINIA BRANDT BERG

JESÚS DIJO A SUS DISCÍPULOS: «Si sabéis estas cosas —las claves para vivir bien que Él les había enseñado—, bienaventurados seréis si las hicieréis» (Juan 13:17). Este sencillo principio encierra una gran verdad.

Hace algún tiempo leí el siguiente pasaje en un artículo de una revista:

Todo el mundo persigue lo mismo en la vida: la felicidad. El único objetivo que tienen algunos es pasarla bien. Lamentablemente, antes de descubrir en qué consiste de verdad *pasarla bien*, la mayoría anda a los tropezones hasta casi el final de su breve vida.

Inicialmente, cuando somos niños, pensamos que *pasarla bien* significa divertirse mucho y trabajar poco, hacer lo que a uno le plazca y conseguir algo a cambio de nada. Pero al cabo de un tiempo muchas personas caen en la cuenta de que eso es muy insensato y que conduce a fechorías, palizas y dolores de estómago.

A la larga, después de meterse en muchos enredos, la gente capta que la felicidad y el éxito no provienen de echar mano de todo lo que uno quiera, que no tienen nada que ver con el ocio y las cremas de chocolate. A algunos, no obstante, les lleva mucho tiempo aprender a encarar la vida como corresponde y hallar la verdadera felicidad.

Es obvio que los cristianos que se toman su cristianismo en serio no se dedican a buscar

egoístamente la felicidad; de todos modos, igual la hallan. Espero poder convencerte de esto. Para muchos la felicidad es una suerte de santo grial. Creen que si no la encuentran, su existencia no habrá cumplido su propósito supremo. Hay un poema de Ella Wheeler Wilcox titulado *Me aparté de la ruta de la felicidad* que dice así:

Me aparté de la ruta de la felicidad.
¿Sabe alguien por dónde es?
Por ella avanzaba
desde la mañana
y sin querer me desvié.
Fui en pos de un tesoro,
de cosas que adoro,
y así fue como de repente
me aparté de la ruta de la felicidad,
y no hallo quién me oriente.

Me tomo ahora la libertad para parafrasear la siguiente estrofa:

¿Te has apartado de la ruta de la
felicidad?

Puedo conducirte a ella.
Toma la vía de la obediencia
y sigue derecho por la huella.

¿Dónde se encuentra entonces la verdadera felicidad? En la obediencia a Dios. Por extraño y anticuado que parezca, la madre de la felicidad es la simple y llana obediencia.

La felicidad es siempre consecuencia de la obediencia. La Palabra de Dios dice que si sabes estas cosas —las enseñanzas de Cristo—, eres bienaventurado si las haces, si las practicas. ¡Es cierto! Cuando sometemos nuestra voluntad a Dios, obtenemos reposo espiritual. Cuando estamos en armonía con Él, tenemos gozo. Cuando nuestro pensamiento persevera en Él, alcanzamos la paz.

La obediencia cabal nos proporcionaría plena felicidad si tuviéramos total confianza en Aquel a quien obedecemos. Maravillosa reflexión,

¿no te parece? ¡Y muy cierta! Incluso responde a la lógica, pues si andamos en armonía con Dios y obedecemos Su Palabra, Él puede hacer realidad en nosotros todas Sus hermosas promesas. ¿Quién no va a ser feliz en tal caso?

Muchas personas creen que no son felices a causa de las condiciones y circunstancias que las rodean. Sin embargo, no es ese el quid de la cuestión. Algo anda mal en su corazón. Cuando el corazón está bien, lo está todo lo demás. En cambio cuando algo anda mal en el corazón, todo anda mal. Esas personas están en conflicto consigo mismas, porque no actúan en armonía con Dios.

Jesús no dijo que debíamos abandonar por completo la búsqueda de la felicidad, sino abordarla con la actitud debida. Él creía en la felicidad y lo pregonaba, pero dejó muy en claro que hay formas y formas de procurarla, unas acertadas y otras equivocadas.

Él entendía que como seres humanos ansiamos la felicidad, y que uno de los mayores problemas que aquejan al mundo es el criterio erróneo que empleamos para tratar de alcanzarla. Jesús además conocía el verdadero origen de la felicidad y tenía el poder para entregárnosla. Dijo: «Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:24).

La Biblia promete que uno de los frutos del Espíritu es el gozo (Gálatas 5:22,23), y Jesús mismo manifestó a Sus discípulos: «Os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo» (Juan 16:22). Son tantos los versículos de ese tipo que demuestran que los cristianos auténticos alcanzan el gozo que no tendría espacio aquí para mencionarlos todos.

Sin embargo, el gozo del que habla este pasaje es muy diferente de la diversión a la que el mundo llama felicidad. Este certero mensaje sobre la felicidad recorre triunfalmente toda la Palabra de Dios. Por eso, no creas que

al hacerse uno cristiano se enfrenta a una vida de caras largas, aislamiento, privaciones y tinieblas.

Cristo formuló los principios fundamentales por los que se alcanza la felicidad y dijo que deberíamos tener gozo, que «pidiéramos y recibiríamos, para que nuestro gozo fuera cumplido». Las personas que hacen de la consecución de la felicidad un fin en sí mismo van descaminadas: equivale a perseguir uno su propia sombra. Es insustancial.

La verdadera felicidad no es un elemento externo que podamos verter en nuestro corazón. Más bien es algo que brota de él. La felicidad auténtica nos la comunica Dios y es consecuencia de someternos a Su voluntad —a lo que a Su juicio es lo mejor— y poner nuestra vida a Su disposición.

¿Te resulta nuevo este principio? ¿Te parece inverosímil que puedas hallar felicidad con solo hacer de Jesucristo el amo de tu vida? Hoy en día existen miles y miles de personas que afirman haber alcanzado verdadera felicidad y satisfacción gracias a que obedecieron al Señor. Él puede hacer lo mismo por ti. Puede y quiere hacerlo.

¿Te sientes insatisfecho, angustiado o descontento? ¿Por qué no das cabida a Dios en tu corazón? Antes de emprender camino por una senda equivocada y terminar en un callejón sin salida, sumido nuevamente en la insatisfacción y el descontento, ¿por qué no te vuelves al Señor?

Lee la Palabra de Dios, donde hallarás el plan que Él ha trazado para tu felicidad. Encontrarás el camino divino que conduce a ella. Recuerda que cuando Jesús estuvo en la Tierra, expuso una y otra vez que no hay felicidad o bendición equivalente a la de hallar el designio de Dios para uno mismo y descubrir Sus preceptos de amor y seguirlos. ¿Es extraño, entonces, que Dios sea capaz de satisfacer plenamente tu alma? Ten por cierto que lo hará. •

LA
VERDADERA
FELICIDAD
NO ES UN
ELEMENTO
EXTERNO
QUE
PODAMOS
VERTER EN
NUESTRO
CORAZÓN.
MÁS BIEN
ES ALGO
QUE BROTA
DE ÉL.

(Al momento de vivir esta experiencia, Virginia Brandt Berg [1886-1968] era una inválida desahuciada. Parálitica de la cintura para abajo, llevaba casi cinco años confinada a su lecho. Sufría graves trastornos respiratorios y cardíacos que ponían en riesgo su vida. Para colmo, una larga serie de intervenciones quirúrgicas fallidas con miras a restablecerle el uso de las piernas le habían dejado diversas secuelas. Su estado se había ido deteriorando de forma inexorable hasta que terminó pesando 35 kilos.)

La luz se abre paso

VIRGINIA BRANDT BERG

UNA NOCHE, A SOLAS EN MI LECHO, me vinieron de golpe unas ansias inconcebibles de pedir ayuda a algún poder invisible. No podía levantar la voz por encima de un susurro, así que con gran fervor rogué en voz baja: «Si existe alguna posibilidad de que en alguna parte haya un Dios, revélate a mí. Si estás ahí, manifiéstate». Fue como si una fuerza superior a mí me impulsara a clamar una y otra vez. De modo que invoqué repetidamente: «Si estás ahí, te ruego, te imploro que por piedad te me reveles».

Me vino entonces lo que interpreté como una respuesta a mi súplica: un convencimiento profundo de que había pecado. Me sentí la mayor de las pecadoras. Eso de por sí era algo extraño en mí, ya que hasta ese momento tenía un concepto bastante elevado de mi bondad y honradez. Había exhibido un comportamiento bastante *moral*, lo cual me enorgullecía. Estaba muy satisfecha de mí misma. De repente fue como si se me hubieran abierto los ojos y por primera vez en la vida me viera a mí misma en el verdadero estado en que me encontraba. De pronto mis buenas obras se deslucieron y perdieron su valor. El peso de mis pecados

y de mi egocentrismo fue haciéndose cada vez mayor hasta que no pude más. Terminé sollozando.

Ya no estaba sola, pues percibía la presencia del Señor en aquella habitación tan patentemente como si un familiar hubiera estado de pie junto a mi cama, y le hablaba con tanta naturalidad como un niño a su padre. Se lo conté todo y tuve la certeza de que me había escuchado y comprendido. Lo comprobé, porque mi atribulada alma se vio invadida por una paz y serenidad indescriptibles. No había visto, oído ni percibido nada con los sentidos, pero en mi corazón había establecido un contacto tan real con el Señor que podía afirmar con toda certeza: «Sé a quién he creído, y estoy segura que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2 Timoteo 1:12). Toda mi incredulidad se había desvanecido. Dios en verdad existía, y yo era una «nueva criatura» en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17). ¡La luz se había abierto paso! •

(TOMADO DE *EL BORDE DE SU MANTO*, AUTOBIOGRAFÍA DE VIRGINIA BRANDT BERG QUE ENCONTRARÁS EN WWW.CONECTATE.ORG.)



¿ERES UN CONFORMISTA?

VIRGINIA BRANDT BERG

UNO DE LOS RELATOS más cautivadores de la Biblia habla de cuatro jóvenes y se encuentra en el capítulo primero del libro del profeta Daniel. Después de destruir Jerusalén en el año 586 a.C., el rey Nabucodonosor de Babilonia pidió a Aspenaz, jefe de sus eunucos, «que trajese de los hijos de Israel [...] muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos» (Daniel 1:3,4). Los eunucos del rey debían preparar a los jóvenes —Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego— e instruirlos en los conocimientos y el idioma de los caldeos, a fin de que llegaran a ser babilonios hechos y derechos.

Luego refiere que «les señaló el rey una porción diaria de la comida del rey y del vino que él bebía» (versículo 5). Al cabo de tres años de instrucción y de aquella dieta especial, los jóvenes alumnos debían presentarse ante el rey.

Pero dado que el Antiguo Testamento prohibía a los israelitas tomar ciertos alimentos, «Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligara a contaminarse» (versículo 8).

«Y el jefe de los eunucos dijo a Daniel: “Temo a mi señor el rey, que asignó vuestra comida y vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, haréis que el rey me

condene a muerte”» (versículo 10).

Sin embargo, Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego se habían propuesto no claudicar, así que Daniel preguntó si podían comer sus propios alimentos durante 10 días. «“Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la porción de la comida del rey, y haz después con tus siervos según veas”. [...] Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del rey» (versículos 13 y 15).

Luego dice: «A estos cuatro muchachos, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños».

En el momento señalado, el

rey Nabucodonosor entrevistó a los jóvenes «y no se hallaron entre todos ellos otros como Daniel, [Sadrac, Mesac y Abed-nego]; así, pues, permanecieron al servicio del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino» (versículos 19 y 20).

¿Qué valerosos fueron aquellos jóvenes! Pudiera pensarse que podrían haber obtenido beneficios mucho mayores de haber contemporizado con la forma de vida de los babilonios; pero se negaron a hacerlo. Gracias a sus ineludibles convicciones, Dios se valió de ellos grandemente para Su gloria, y a la larga Daniel fue exaltado por encima de todos los otros consejeros del rey.

Como ha sucedido a lo largo de la Historia, muchas personas hoy en día están dispuestas a renunciar a sus principios con tal de ser aceptadas o de alcanzar mayores éxitos. Sin embargo, este relato demuestra que una decisión aparentemente insignificante puede tener un gran efecto años después. Si Daniel y sus amigos hubieran transigido en su juventud, no habrían podido defender sus convicciones más tarde. Daniel no habría triunfado en el foso de los leones (Daniel, capítulo 6), ni Sadrac, Mesac y Abed-nego en el horno de fuego (Daniel, capítulo 3).

Pese a verse en una situación difícil, se mantuvieron firmes. Actualmente, quienes amamos a Dios y queremos permanecer fieles a Él nos encontramos en

una situación similar: rodeados de personas que procuran marginar a Dios de su vida, de sus pensamientos y de sus planes. Reemplazan las realidades inalterables —la soberanía divina, la verdad de Su Palabra y los patrones morales de conducta establecidos por Él— por las arenas movedizas de la apostasía, el racionalismo y el materialismo.

¿Qué harás tú? ¿Defenderás tus convicciones o te plegarás a la opinión de la multitud? ¿Darás la cara por Jesucristo y el único patrón verdadero que existe hoy en día —la Palabra de Dios—, o vas a optar por lo más conveniente y por traicionar tus principios? ¿Asumirás una postura firme contra las cosas del mundo, o vas a ir cercenando los principios fundamentales y atenuando la luz de la Palabra de Dios?

El reino de Dios se funda en valores absolutos: verdad, candor y sinceridad absolutas. Por otra parte, a su lado pervive el reino de las tinieblas, cuya falsedad no es menos absoluta. El dilema que se nos presenta es si vamos a reconocer o no que las cuestiones relacionadas con la vida y el deber cristianos están claramente definidas.

¿Asumirás una postura firme? No puedes avenirte a la vez a las cosas de Dios y a las del mundo. La vida cristiana no es conformista, tiene su base en una transformación. La Palabra de Dios dice: «Confirieron en el Señor, y no fueron avergonzados» (Salmo 22:5). Tampoco tú quedarás avergonzado si confías plenamente en Él y no transiges. □

TEN CONVICCIONES Y VALOR

Negarse a sí mismo es ser un inconformista. La Biblia nos exhorta a no conformarnos a este mundo, ya física, ya intelectual, ya espiritualmente.

BILLY GRAHAM

Hay que tener convicciones; si no tu vida carecerá de sentido. Además, hay que ser consecuente con ellas; si no, no soportarás vivir contigo mismo.

D.B.B.

Para el creyente hay una lealtad única e indivisible: el compromiso de llevar una vida consagrada y entregada al ideal cristiano. De ahí saca sus fuerzas.

VIRGINIA BRANDT BERG

Los fanatismos que más debemos temer son aquellos que pueden confundirse con la tolerancia.

FERNANDO ARRABAL

Es necesario tener valor, valor moral, valor para ser consecuente, valor para llevar las cosas adelante. El mundo se halla en conspiración constante contra los valientes. Es una lucha ancestral: de un lado está el estruendo de la multitud; del otro, la voz de la conciencia.

GENERAL DOUGLAS MACARTHUR

FUERZAS EN LA FLAQUEZA

Flaqueza

VIRGINIA BRANDT BERG

«¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no te has enterado?», pregunta el profeta Isaías en el capítulo 40 del libro de la Biblia que lleva su nombre. ¿Y a qué se refería? «El Señor es el Dios eterno, creador de los confines de la Tierra. [...] Él fortalece al cansado y aumenta las fuerzas del débil. Aun los jóvenes se cansan, se fatigan, y los muchachos tropiezan y caen; pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán» (Isaías 40:28-31, NVI). La promesa central de ese pasaje es: «Él fortalece al cansado».

El apóstol Pablo dijo algo similar. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:10). Resulta interesante que Pablo escribiera esas palabras a los griegos, pueblo que exaltaba el intelecto y la belleza y destreza físicas —el hombre y sus logros— y tenía a los débiles por inútiles. Sin

embargo, sabemos que Pablo sufría de algún tipo de impedimento físico, un «agujón en la carne», como lo llama él (2 Corintios 12:7), y que los griegos dijeron de él que su «presencia corporal [era] débil y [su] palabra menospreciable» (2 Corintios 10:10). El hecho de haber sido escarnecido, apedreado, azotado y encarcelado tampoco realizaba su reputación en modo alguno. En resúmenes cuentas, basándose en el concepto de fortaleza que tenían los griegos, Pablo simplemente no daba la talla.

Lo que los griegos no entendían es que Dios suele obrar de forma contraria a la lógica y las expectativas naturales de los hombres. Él dice en Su Palabra: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos [...]. Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8,9). Lo que los griegos consideraban debilidad Dios lo denomina fortaleza.

Las personas de las que Dios más puede valerse suelen ser las menos dotadas, las menos preparadas o menos eruditas en cuanto a la sabiduría de los hombres. El hecho de que sean débiles y humildes, de que estén desprovistas



de ego y dependen de las fuerzas que les proporciona Dios es lo que hace que Él pueda obrar por medio de ellas. Él complementa esa debilidad con Su fuerza. Así se tornan realmente fuertes. «Él aumenta las fuerzas del débil» (Isaías 40:29, NVI).

Todos los gigantes espirituales de Dios fueron personas débiles que alcanzaron la grandeza gracias al poder de Dios. Moisés era tan mal orador que Dios dispuso que su hermano Aarón hablara por él. Sin embargo, dado que Moisés aprendió a depender completamente de Dios, se convirtió en el más grande legislador que el mundo haya conocido. Los discípulos de Jesús eran en su mayoría incultos. Sin embargo la influencia de aquellos hombres débiles se hace sentir hasta el día de hoy. Dios pudo servirse de ellos porque eran conscientes de su debilidad y no se apoyaban en sí mismos.

En cambio, cuando estamos tan seguros de nuestras propias fuerzas, cuando confiamos tanto en nuestra capacidad, el Señor nos deja obrar apoyados en esas fuerzas en las que tanto confiamos. Me recuerda a mi hija cuando estaba aprendiendo a caminar. Era muy impulsiva e insistía en hacerlo solita en vez de dejar que yo le tomara la mano

y la condujera. No podía caminar bien todavía, pero debido a su espíritu independiente se soltaba de mí una y otra vez para lanzarse por sí sola, con lo que se caía, se golpeaba y se hacía daño reiteradamente. Y casi siempre llevaba las señales de su independencia en la punta de su naricita.

¿Cuántos de nosotros llevamos las marcas de nuestra independencia, de nuestra insistencia en apoyarnos en nuestras propias fuerzas hasta que aprendemos a depender de las fuerzas divinas, muchas veces después de sufrir quebrantos, derrotas y desilusiones? ¡Qué lamentable que nos apoyemos en lo humano cuando disponemos de lo divino, que apenas echemos mano de nuestros recursos naturales cuando tenemos a nuestra disposición todos los recursos del Cielo! Resulta extraño que insistamos en depender de nuestras propias fuerzas y criterio cuando tenemos a nuestro alcance las fuerzas del Dios omnipotente.

Dios desea ser nuestro aliado. Ansía comunicarnos Sus fuerzas; pero si nos empeñamos en caminar por nuestra cuenta, apoyados en nuestra ímpetu y vigor, como ya dije antes, Él nos deja andar a los tumbos para que comprendamos lo escasas que son nuestras propias fuerzas. Se retira del escenario de nuestra vida y nos abandona a nuestra suerte hasta que se sacudan los cimientos de nuestro orgullo y nuestra confianza en la fortaleza humana y por fin nos demos cuenta de que nuestra presunta fortaleza no es más que flaqueza.

Te aconsejo, pues, que saques tus fuerzas de Dios. Él dice: «Yo habito [...] con el quebrantado y humilde de espíritu» (Isaías 57:15). Si le pides a Él que te imparta sabiduría y fuerzas, lo hará, «para que la excelencia del poder sea de Dios», y no tuya (Mateo 7:7; 2 Corintios 4:7). Entonces podrás decir igual que el apóstol Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). ■

¿FE U OBRAS?

Es un dilema al que se enfrentan todos los cristianos en un momento u otro: ¿Hasta qué punto el éxito que tengamos está supeditado a nuestra fe —es decir, a lo que confiamos que Dios haga— y hasta qué punto a nuestras obras —lo que hacemos nosotros mismos—? ¿Cuánto hay de lo uno y cuánto de lo otro?

Un bote a remos constituye una buena analogía. Llamemos a un remo fe y al otro obras y veamos cuánto avanzamos prescindiendo de uno o de otro. Si no empleamos el remo de la fe y bogamos solamente con el otro, nos pondremos a dar vueltas. Si soltamos el de las obras y remamos solamente con el otro, sucederá lo mismo, sólo que giraremos en sentido contrario. En cambio, si aplicamos la misma presión a ambos remos, avanzaremos derechito hacia nuestro destino. Los dos son necesarios.

**DIOS DESEA
SER NUESTRO
ALIADO. ANSÍA
COMUNICARNOS
SUS FUERZAS.**

LAS ENFERMEDADES

¿CASTIGO? ¿O PARTE DE LOS DESIGNIOS DIVINOS?

Virginia Brandt Berg

CUANDO ME VISITÓ un viejo amigo que había sido un afamado escritor, profesor y locutor de radio, me quedé perpleja ante su estado físico. Habían pasado algunos años desde la última vez que lo había visto, y en el ínterin había sufrido varios derrames cerebrales. Caminaba con mucha dificultad y casi no podía hablar.

Después que se hubo marchado, una persona que estaba presente durante la visita comentó: «¿Qué habrá hecho para que Dios permitiera que le sucediera semejante cosa?» La pregunta me sonó un tanto dura y sentenciosa. Luego de pensarlo un rato me di cuenta de que en realidad se trata de una reacción bastante común. Cuando alguien sufre una enfermedad debilitante o un accidente, los demás suelen preguntarse qué pecado habrá cometido para que le sobrevenga semejante castigo.

Pero... ¿es necesariamente así? Me parece que en muchos casos puede encontrarse una explicación más acertada en el capítulo 9 del Evangelio de Juan: «Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron Sus discípulos, diciendo: “Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?” Respondió Jesús: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”» (Juan 9:1-3).

Además, pienso que nos olvidamos de que algunos de los mayores exponentes de la fe a lo largo de la Historia fueron personajes de la talla de Job, cuya fe fue purificada en los fuegos de la aflicción. Job exclamó: «[Dios] conoce mi camino; me probará, y saldré como oro» (Job 23:10). Dios a veces se vale de las enfermedades y penurias para acercarnos a Él o lograr que nos encarrilemos si nos hemos descaminado. Sin embargo, para esos casos contamos con la siguiente promesa: «Luego [la corrección] produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (Hebreos 12:11, BJ).

Lo que a Dios le interesa es lo que pase *luego*. En muchos casos, *luego* se produce una gran liberación, no siempre tal como esperábamos, tal como habíamos pedido —puede que no sea una curación física—, pero si damos lugar a que se cumpla el propósito por el que Dios permitió esa penalidad, salimos fortalecidos. «En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (Romanos 8:37). «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28).

La gente suele imaginarse un Dios castigador, condenador, justiciero. Sin embargo, la Biblia enseña que «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Él trata a cada uno de forma muy distinta, y aunque en muchos casos Sus caminos resultan insondables (Romanos 11:33), podemos tener la seguridad de que Él lo hace todo con amor. ■

DIOS
CONOCE MI
CAMINO; ME
PROBARÁ,
Y SALDRÉ
COMO ORO.



LA LENGUA

EN EL POEMA *ORACIÓN VESPERTINA*, C. Maud Battersby expuso una oración que deberíamos hacer todos los días:

Si a alguien hice hoy sufrir, Señor,
o por mi culpa alguien tropezó,
si obstinado anduve en un error,
perdóname.

Si dije algo en vano y no pensé
que mis palabras iban a ofender,
y si la angustia ajena ignoré,
perdóname.

Por los pecados que reconocí
y por las faltas que tal vez no vi,
perdóname, y acércame a Ti,
Jesús mío. Amén.

La Biblia habla mucho de la influencia positiva o negativa que somos capaces de ejercer con nuestras palabras: «Todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de

¿POR QUÉ BROTAN DE NUESTROS LABIOS

PALABRAS IRREFLEXIVAS Y DESCONSIDERADAS?

¿ES ALGO QUE TENGA REMEDIO?

¡GRACIAS A DIOS, SÍ!

maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo» (Santiago 3:2-6).

Además, en el libro de los Proverbios dice: «La muerte y la vida están en poder de la lengua» (Proverbios 18:21). «Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; mas la lengua de los sabios es medicina» (Proverbios 12:18). «La lengua apacible es árbol de vida; mas la perversidad de ella es quebrantamiento de espíritu» (Proverbios 15:4). Si quieres disfrutar de una vida larga, sana y provechosa, «guarda tu lengua del mal» (Salmo 34:13). Por tu propio bien y el de los demás, presta atención a lo que dices.

Con frecuencia nuestras palabras ofenden a los demás, aunque no tengamos ninguna mala intención. Algunos tenemos cicatrices en el cuerpo a raíz de heridas y cortes que nos hicimos. Normalmente no nos molestan, pero nos recuerdan algo que nos ocurrió quizás años atrás. Sin embargo, las marcas que deja en el corazón una lengua áspera e hiriente nos perturban por mucho tiempo.

A continuación, otra poesía sobre el mismo tema:

Si supiera que una palabra
desconsiderada y falsa
dejaría señal en un rostro cordial,
yo no la diría. ¿Tú sí?

Si supiera que una palabra
hiriente marcaría
con una cicatriz a un amigo feliz,
yo no la diría. ¿Tú sí?

George Matthas Adams

Es posible que hayas oído decir o que hayas dicho tú mismo: «Las palabras me resbalan». Lamentablemente, ¡eso no es cierto! Las palabras pueden causar heridas muy profundas, que toman largo tiempo en sanar. Las heridas del corazón quedan ocultas; nadie sabe de ellas excepto la persona afectada, y por supuesto nuestro Padre celestial. Él sí las ve y nos entiende; ¡pero es una pena que cualquiera de nosotros cause esas heridas que dejan feas cicatrices!

¿Por qué brotan de nuestros labios palabras irreflexivas y desconsideradas? ¿Es algo que tenga remedio? ¡Gracias a Dios, sí! El remedio comienza por una transformación del corazón —el nuestro—, pues «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). Hay una sola manera de controlar una lengua desmandada: transformar el corazón, el espíritu que la gobierna. El tratamiento comienza con una oración para llenarse del Espíritu Santo. Si vivimos en el Espíritu, cada palabra nuestra será amorosa y verdadera, pues Dios es amor (1 Juan 4:8).

Ábrele tu corazón. Pídele que te llene de Su Espíritu. Luego cultiva el hábito de leer y asimilar la Palabra de Dios, y así establecerás una relación profunda y duradera con Él, la cual se hará patente en tus palabras y acciones. Si Su Palabra mora en ti, no andarás chismorreando o haciendo comentarios desagradables e hirientes. A nosotros nos resulta imposible controlar la lengua. «Ningún hombre puede domar la lengua» (Santiago 3:8); ¡pero Dios sí! «Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible» (Mateo 19:26).

Confía en que Dios te puede transformar. Ten fe en que Su Palabra no falla. Él es capaz de inundarte con Su Espíritu y de poseer tu lengua y tu vida, de forma que la bondad fluya a través de ti. Así te convertirás en un torrente de bendición para quienes te rodean. Que Dios te bendiga y te ayude en ese sentido. Con Él podrás superar tus debilidades, pues todavía está en el trono, y todo lo cambia la oración. □

*Puedes transformar
tu «desierto»
en un sitio
hermoso.*

EL VALLE DE BACA

Virginia Brandt Berg

EN EL SALMO 84, EL REY DAVID DECLARA: «Bienaventurados los que tienen en Ti sus fuerzas. Atravesando el valle de Baca lo cambian en manantial, cuando la lluvia llena los estanques. Irán de poder en poder» (versículos 5-7, parafraseados).

En los mapas modernos de Tierra Santa no se encuentra ese sitio, y no queda claro si David se refería a un lugar geográfico o si empleó la palabra Baca (del hebreo *bakah*, que significa *llanto*) en sentido figurado. Si ese fue el caso, Baca es un sitio en el que todos hemos estado alguna vez, un lugar de sufrimiento, de pesar, de penalidades, un sitio árido, desértico y polvoriento.

El resto del salmo trae a colación el sublime concepto de que, cuando pasamos por ese lugar, tenemos ocasión de tornar la dificultad o decepción, el pesar o sufrimiento —sea cual sea— en bendición.

Un amigo mío ha hecho precisamente eso. Hace un tiempo se enfermó gravemente. Cabía pensar que la vida activa y provechosa que siempre había llevado tocaba a su fin. Él, no obstante, convirtió su valle de Baca en una gran bendición. Lo cambió en manantial y, en consecuencia, se ha vuelto aún más amoroso, paciente y compasivo. Ahora hace mucho más bien a los demás. Permitió que su *llanto* hiciera aflorar sus mejores cualidades.

Cuando te encuentres en el valle de Baca, ponte de rodillas y cava en tu corazón para descubrir por qué Dios te llevó allí y si quiere decirte algo al respecto. Cava bien hondo. Cava un pozo y luego escarba en la Palabra de Dios hasta que te revele Su preciada verdad. Puedes salir airoso de cualquier situación, aun de una que ofrezca tan pocas esperanzas como el valle de Baca. Puedes transformar tu *desierto* en un sitio hermoso, como hizo mi amigo.

Alguien me dijo una vez que un pozo no se ve muy atractivo junto a un arroyo. Coincido. Una vez me senté junto a un arroyo de montaña, en un bosque de magnífica belleza, y no logro concebir un pozo que pudiera ser igual de refrescante que aquel riachuelo cristalino y cantarín. Pero si cavas un pozo en un desierto árido y polvoriento, sin duda que el agua del mismo te va a saber muy bien.

Si eres capaz de afirmarte en las promesas de Dios y confiar en Su bondad en tiempos de pesar y angustia, los demás verán tu fe, y será para ti —y también para ellos— como un pozo en medio de un terreno yermo, estéril y duro. Es precisamente en esos casos en que la fe resplandece más que nunca: cuando nos lleva a sobreponernos a las dificultades.

Sin embargo, algunas personas se acostumbran a sus



Temor al fracaso

pesares. Es como si disfrutaran de su desdicha o *martirio*. Se quedan en el valle de lágrimas, en el valle de Baca, como una mujer que acudió a mí en busca de consuelo. Es cierto que estaba pasando por terribles dificultades; pero solo se veía a sí misma y su sufrimiento. No reparaba en la fidelidad de Dios ni en Sus promesas, ni procuraba avivar su fe. La fe habría podido transformar su valle de lágrimas en un vergel; pero no dio lugar a ello.

Se supone que la vida cristiana está en un plano superior a las circunstancias. Podemos sobreponernos a cualquier cosa porque contamos con un Dios omnipotente y amoroso y con todas Sus espléndidas promesas. «En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (Romanos 8:37).

No tenemos por qué quedarnos en ese valle de desolación ni limitarnos a soportar nuestras tribulaciones. Soportarlas no es lo mismo que vencerlas. Más bien debemos alabar a Dios y cantar victoria antes de verla siquiera. Debiéramos afirmarnos en la Palabra de Dios y poner a prueba Sus promesas. Así cambiaremos en victoria las aparentes derrotas. Y cuando nos sobreponemos así, hallamos muchos manantiales de aguas vivificantes que Dios nos brinda. «La lluvia llena los estanques. Irán de poder en poder».

Por eso, la próxima vez que te encuentres en el valle de Baca, vuelve a leer este pasaje del Salmo 84 y ponlo en práctica. ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

El temor al fracaso nace de una carencia de fe, y él mismo causa el fracaso; solo triunfa quien tiene fe.
Isaías 7:9b
Mateo 13:58
Mateo 17:19,20
Santiago 1:6,7

Si pretendemos lograrlo todo a pulso, por nuestros propios medios carnales, entonces sí se justifican nuestros temores, ya que es probable que fracasemos.
1 Samuel 2:9b
Salmo 33:16,17
Salmo 127:1a
Jeremías 17:5
Juan 15:5

Si confiamos en el Señor, no tenemos nada que temer, puesto que Él es infalible.
Números 23:19
Salmo 37:5
Jeremías 32:27
Mateo 19:26
Filipenses 4:13

Cuando nos sentimos débiles e incapaces, Dios puede actuar más eficazmente por medio de nosotros.
Isaías 40:29
2 Corintios 4:7
2 Corintios 12:9,10

Si creemos en la Palabra de Dios y la obedecemos, tenemos el éxito garantizado.
Deuteronomio 29:9
Josué 1:8
2 Crónicas 20:20b
Salmo 1:2,3
Mateo 7:24,25
Santiago 1:25

No apartemos los ojos de Jesús.
Salmo 27:13
Mateo 14:25-31
Hebreos 12:2,3

En tanto que deseemos agradar y seguir al Señor, Él se encargará de que se cumplan Sus propósitos.
2 Crónicas 16:9a
2 Crónicas 31:21
Salmo 37:23,24
Eclesiastés 8:12b
2 Corintios 3:4,5
Filipenses 1:6
2 Timoteo 1:12b

**Podemos
sobreponernos
a cualquier cosa,
porque contamos
con un Dios
omnipotente
y amoroso
y con todas
Sus espléndidas
promesas.**

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Para empezar el
año con buen pie

VIRGINIA BRANDT BERG



COMIENZA UN NUEVO AÑO, y no sabemos lo que nos aguarda. No tenemos ni idea de lo que nos deparará. Pero hay algo que sí sabemos: que podemos dejar atrás el pasado con todas sus preocupaciones, inquietudes, dolores, pesares, errores y equivocaciones. No hay una sola acción que podamos deshacer, ni una sola palabra que podamos desdecir; pero si de veras confiamos en Jesús, si hemos entregado totalmente nuestra vida en Sus manos, podemos dejar nuestras penas y cargas en Su altar, pues Él es capaz de tornar este nuevo año en belleza y alegría. La Biblia nos promete: «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28), inclusive nuestro pasado.

Todos los días del año que pasó están ya fuera de nuestro alcance, y debemos dejarlos donde están. Dios guarda el pasado en Sus manos, y no debemos pensar nuevamente en él, ni atormentarnos con remordimientos. Es lamentable que tantas personas afirmen confiar en Dios y sin embargo se

preocupen por las manchas y borrones de las páginas del ayer.

Una vez que hemos acudido a Dios para confesar nuestros errores y pecados y le hemos pedido perdón, no debemos hurgar en el pasado y volver a sacarlos a la luz. De nuestros pecados pasados, Él dice: «Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Isaías 43:25). Si Dios ni se acuerda de ellos, ¿por qué los vamos a recordar nosotros?

La Biblia dice que el Diablo es el «acusador» (Apocalipsis 12:10). Se complace en acusarnos de nuestros yerros para condenarnos continuamente. Pero

la Palabra de Dios dice: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1). En lugar de estar constantemente rememorando el pasado y sintiendo pesar por haber hecho esto y aquello, lamentándonos de cosas que no tienen arreglo, deberíamos recordar estas alentadoras palabras de Isaías 1:18: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana».

Hay unos versos de un poema que dicen: «Si lograra encontrar el camino del ayer, borraría los ayeres y con nueva pluma escribiría». Pero yo no quiero encontrar el camino del ayer, porque no puedo borrar nada. Dios es el único capaz de enterrar los errores del pasado; lo que de verdad importa es que nos vea aceptar el sacrificio que ya ha hecho Jesucristo. No es el deseo de Dios que nos dediquemos a evocar y rememorar el pasado; es imposible volver a vivirlo, y además, ¿quién va a querer pensar en el pasado si el futuro es tan prometedor como las espléndidas promesas de Dios?

Cuando pienso en el año que tenemos por delante, me vienen a la cabeza todas las promesas de Dios que podemos invocar y las maravillas que pueden suceder, pues esas promesas no fallan, permanecen inalterables, y son para cada uno de nosotros. Teniendo todas esas promesas a nuestra disposición, ¿por qué habríamos de volver sobre lo que ya dejó de ser y recorrer nuevamente «el camino del ayer»?

La cruz de Cristo extiende sus brazos y nos corta el camino del pasado. En vista de que Jesús ya pagó por todas nuestras malas acciones, debería- mos afirmar —al igual que el apóstol Pablo—: «Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que

está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13,14).

Olvidemos lo que queda atrás. Dejemos de pensar en eso. Prosigamos a la meta en busca del premio. Es imposible hacer subir la arena del reloj, y aunque alguien tuviera todo el oro del mundo, no podría encontrar el camino del ayer, no se puede volver.

¡Qué lástima que llevemos a costas nuestro pasado cuando el Señor pagó semejante precio para levantar esa carga de nuestros hombros y liberarnos de ella! «Cristo ya pagó, se lo debo a Él», dice un hermoso himno.

Una vez, después de hablar sobre este tema frente a un numeroso grupo de personas, vino a verme un joven. Acababa de salir de la cárcel y le costaba creer que fuera tan fácil, que Dios pudiera limpiar su pasado con sólo confesarse pecador, pedirle a Jesús que entrara en su corazón y reconocerlo como su Salvador. No dejaba de hablar de todos los pecados que había cometido. Le costaba un esfuerzo tremendo creer que Dios pudiera purgar un pasado tan horrendo; pero aquella noche le entregó su corazón a Jesús. Y Jesús levantó esa carga, lo perdonó y le dio una libertad que en su vida había conocido. Después de aquello no dejaba de hablar de la misericordia de Dios, que lo había librado del tormento del pasado. No dejaba de repetir una frase de un himno que le había encantado: «Mi ayer tan lleno de culpa y de pecado, ¡gloria a Dios!, Jesús lo ha perdonado».

No sé si hay algo más maravilloso que el milagro del perdón, la garantía de que se nos perdona todo mal cometido. Ese magnánimo perdón está a la disposición de todos nosotros. Jesús murió por todos nosotros. Basta con que lo recibamos y acojamos Su Salvación y Su perdón. «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Esa es la promesa inquebrantable e incondicional que nos hace a cada uno.

Si aún no conoces bien a Aquel que puede aliviarte las cargas del pasado y darte un futuro brillante ahora y vida eterna en el mundo venidero, acércate hoy mismo a Él. Él aguarda humildemente a la puerta de tu corazón a que lo invites a entrar. No tienes más que orar: «Jesús, te ruego que entres en mi vida, que me perdones todos mis pecados, que me llenes de Tu amor y que me concedas la vida eterna».

Virginia Brandt Berg (1886–1968) fue madre del fundador de La Familia Internacional, David Brandt Berg (1919–1994).

UN HOGAR MÁS FELIZ



Adaptación de una charla radial de Virginia Brandt Berg

¿Cuál es la mayor lacra de las familias de hoy? Según el doctor James Bossard, antiguo profesor de sociología de la Universidad de Pensilvania que dedicó 40 años al estudio de los aspectos más descuidados de la vida familiar, es el modo en que los padres hablan delante de sus hijos.

Luego de analizar extensas grabaciones de los intercambios que se dan a la hora de comer, el doctor Bossard escribió: «Jamás imaginé que detectaríamos un patrón en tales conversaciones familiares. En realidad sólo me proponía averiguar de qué se hablaba en la casa. Pero con asombro descubrí que todas las familias seguían ciertos hábitos de conversación bien marcados y que el más corriente de todos era el de criticar.

»En esas familias casi nunca se dice nada bueno de nadie. No paran de quejarse de sus amigos, de sus parientes y de sus vecinos, de casi todos los aspectos de su vida, desde las largas colas de los supermercados hasta la estupidez de su jefe.

»Ese ambiente familiar constantemente negativo tiene un efecto desastroso en los niños, de los que un alto porcentaje es antisocial y goza de escasa aceptación entre sus compañeros. Esa pauta de hostilidad que se da en las familias conduce a con-

flictos entre los miembros de las mismas. Inevitablemente las comidas se convierten en una ronda de insultos y altercados. Los chicos interiorizan ese patrón de comportamiento y luego tienen dificultades para relacionarse con los demás.

»Hace muchos siglos —destaca el doctor Bossard— un gran Maestro nos indicó que es mucho más importante lo que sale de la boca que lo que entra en ella». Ese maestro fue Jesús, y esas sabias palabras se encuentran en Mateo 15:11.

Jesús también dijo: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). Si el alma de una persona es superficial, egoísta y mezquina, todos esos defectos se ven reflejados en las palabras que brotan de sus labios. En cambio, cuando alguien está bajo el control del Espíritu Santo, las palabras que pronuncia irradian la luz divina, por cuanto Cristo es luz (Juan 1:4; 8:12).

Las palabras de una persona llena del Espíritu de amor de Dios ejercen una atracción magnética sobre los demás. Cuando el corazón arde con amor divino, no es preciso esforzarse por expresarse con sen-

timiento o ternura, pues todas las palabras que uno dice tienen un sabor y una fuerza que emanan de la profundidad interior.

¿Aspiras a decir siempre las palabras justas, en el momento oportuno y tal como conviene, de modo que tengan un efecto bueno y duradero? Eso puede parecerte casi imposible, y es que humanamente hablando, lo es. Mas no así cuando das lugar a que el Espíritu del Cristo viviente hable a través de ti.

¿Cómo se logra eso? ¿Cómo puede estar uno tan lleno del Espíritu de Cristo que este lo guíe en todo lo que diga? Sólo es dable cuando se pasa tiempo con Él, alimentándose de Su Espíritu y de Su amor. Es imperativo que te tomes tiempo para leer Su Palabra escrita, la Biblia, y embeberte de Su Espíritu, dejando que te hable en tus ratos de oración y reflexión.

Si no haces eso, cuando más lo desees y más lo necesites no te van a salir las palabras oportunas. Es probable que lo que emane de tu boca sea superficial, insípido y negativo. En cambio, si das cabida a Jesús en tu interior y pasas ratos en Su presencia, absorbiendo Su amor y Su Espíritu, «de

lo más profundo de tu ser brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:38, LBLA).

El problema no radica en la lengua, sino en el corazón. Las palabras son el medio por el que comunicamos a los demás lo que abriga nuestro corazón. Jesús enseñó que las palabras revelan nuestro estado interior: «El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas» (Mateo 12:35).

No hay, pues, modo alguno de cambiar el tenor de nuestras palabras, como no sea transformando el espíritu del que brotan. Se precisa una transformación del corazón.

Si lo que necesitas es un giro de esa naturaleza, comienza por rezar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:10). Dedicar luego tiempo a Jesús —fuente de toda bondad, amabilidad y mansedumbre— y en breve profundizarás tu relación con Él y te darás cuenta de que tus palabras transmiten Su Espíritu e influyen más para bien en las personas con quienes tienes relaciones afectivas. ◀



EL ARRANQUE DEL DÍA *Mensaje de Jesús*

Un modo espléndido de ayudar a tus seres queridos a empezar bien el día es manifestarles amor a primera hora. Me dirás que eso no es tan fácil cuando apenas estás despertándote. Sin embargo, si le pides a Dios que te dé ese empujoncito que necesitas y haces un esfuerzo de tu parte, creo que te llevarás una agradable sorpresa.

No tomes el desayuno con los ojos clavados en el plato, en el periódico o en algún cupón publicitario. Hagan juntos un repaso de todas las cosas buenas que les he concedido. Agradézcenme las maravillas que saben que voy a obrar por ustedes a lo largo del día en respuesta a sus oraciones, simplemente porque los amo. Lean un breve pasaje de la Biblia. Oren unos por otros y por lo que tienen por delante ese día. Invoquen una promesa de Mi Palabra para cada victoria que les haga falta.

¡Lléname de Mí! Yo soy amor y luz. Mis fuerzas son infalibles, y todo me es posible. Antes que nada, báñense en Mí. Así estarán preparados para hacer frente a cualquier prueba o tarea difícil que el día les depare.

Esos minutos que pasen juntos en la mañana son también ideales para infundir ánimo a los demás. Dile a tu esposa lo bonita que se ve. Dile a tu hijo que no tienes ninguna duda de que le va a ir muy bien en el colegio. Despídanse con un abrazo o un beso. Eso es como decir: «No veo la hora de estar otra vez contigo».

Si comienzan el día con amor, éste los sostendrá a lo largo de la jornada. ◀

Quiétude

Virginia Brandt Berg

«ESTAD QUIETOS, Y CONOCED QUE YO SOY DIOS» (Salmo 46:10). En cierta ocasión el Señor se valió de ese versículo de la Biblia para enseñarme algo muy importante y demostrar Su capacidad para facilitarnos orientación rápida y explícita cuando le prestamos oído en oración.

Tenía que comunicarme con una mujer, pero no tenía su dirección. Era un asunto urgente. Todo mi ser palpitaba de ansiedad. Me parecía que iba a estallar en mil pedazos si no le hacía llegar un mensaje. Mientras rezaba para saber qué hacer, de golpe me vino una paráfrasis de un pasaje de las Escrituras: «Serénate. Estate quieta y reconoce que Yo soy Dios».

Cuando me senté, me tranquilicé y le pedí al Señor que interviniera para evitar una catástrofe, Él me habló al corazón: «Escribe

una nota y llévala al apartamento donde vivía ella antes. Tal vez tenga que volver allí por algún motivo; o a lo mejor un inquilino del edificio que sabe su nuevo domicilio hallará tu nota y le avisará que se comunique contigo».

Total que escribí la nota y fui a su apartamento a entregársela. En el preciso instante en que llegué, nota en mano, se presentó nada más y nada menos que la persona con la que tenía que comunicarme.

Es increíble la maestría con que Dios resuelve las cosas. Aquello me enseñó que —tal como dice Su Palabra— mi fortaleza reside en la quietud (Isaías 30:7). En el frenesí de la vida moderna es más necesario que nunca que nos bañemos en el mar de la serenidad divina. Para conocer plenamente a Dios es preciso que nuestros

pensamientos y nuestro espíritu estén tranquilos y en paz. «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios».

¿De qué modo el tranquilizarme me hizo «conocer que Él es Dios»? Pues por el hecho de que cuando Él respondió tan milagrosamente a mi oración se puso de manifiesto una vez más la sublime verdad de que Él es Dios.

Muchas personas tienen el concepto erróneo de que la quietud que menciona ese versículo es una suerte de tensión controlada, una pose ensayada. Piensan que de alguna manera pueden reprimir la ansiedad. Puede que en algunos casos lo logren, pero aun así, no alcanzan sino una calma superficial; por dentro son un hervidero de pasiones. Esa no es la quietud a la que nos referimos. La serenidad divina no es sinónimo de pasividad. Se



trata de una auténtica paz de espíritu que trae aparejada una formidable lucidez mental. Es en esa paz que llegamos a comprender cuál es el designio y la voluntad de Dios.

Sé por experiencia que la serenidad divina suele ser producto de pruebas y tribulaciones. ¿Por qué? Porque los avatares de la vida aplacan el alma; el sufrimiento nos confiere un espíritu humilde. ¿Estás atravesando un momento difícil? Serénate y preséntate con calma ante el Señor. Él te indicará cómo obtener dulzura de esa dificultad, te enseñará cosas hermosas por medio de ella; pero debes buscar la quietud. En esos gratos momentos de silencio y devoción, Él te hablará al alma.

No fue en el terremoto, ni en el fuego,
ni en el viento, ni en la
atroz tormenta,
sino en la quietud, en el
sosiego,
cuando escuchó susurros
el profeta.
Guarda silencio ante Dios,
alma mía.
Aunque te halles sumida en
un mar
de afanes que te roban la
alegría,
en la calma oirás a Dios
hablar.

Mary Rowles Jarvis

¿Qué debe hacer el creyente en tiempos lúgubres? Guardar silencio y escuchar. Depositar su confianza en el nombre del Señor, apoyarse en su Dios. Quedarse quieto, como dice el versículo, quedarse quieto y escuchar. Lo primero que conviene hacer es *no hacer nada*, quedarse quieto. Aunque vaya a contrapelo de la naturaleza humana, es lo más atinado que podemos hacer. Un viejo adagio reza: «Cuando estés nervioso, no te apures». Dicho de otro modo, cuando no estés seguro de lo que debes hacer, no reacciones apresuradamente, a tientas y a ciegas, esperando que se dé lo mejor.

Hubo veces en que me vi envuelta en una neblina espiritual y me moría de ganas de salir de ella por mis propias fuerzas. Sentía que debía ponerme a desenmarañar los hilos o a buscar una solución al problema, que tenía que hacer algo. Mis energías humanas me impulsaban a salir corriendo a resolver la situación. Pero he aprendido que aunque poner empeño ayuda un poco, es mucho mejor anclar mi nave, no preocuparme de que tiree un rato las amarras y simplemente confiar en Dios.

Quédate quieto y verás lo que hará Dios. Cuando nos serenamos y confiamos en Él, le damos oportunidad de obrar. Con frecuencia al preocuparnos le impedimos hacer todo lo que podría hacer. Si estamos distraídos y tenemos el espíritu turbado, no le dejamos hacer mucho por nosotros. La paz de Dios debe tranquilizarnos y dar reposo a nuestra alma.

Pon tu mano en la mano de Dios y déjate llevar por Él hacia el radiante sol de Su amor. Procura la quietud. Da lugar a que Él intervenga en tu favor. «Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego —aquietando nuestro espíritu delante de Él—, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4:6,7). ⇐

SIMPLEMENTE PORQUE LO DICE DIOS



L A PALABRA DEL TODOPODEROSO no puede fallar. Puedes fiarte de ella. Cuando capté ese principio por primera vez, me di cuenta de que a lo largo de los años la Biblia nunca había sido para mí un libro vivo, un libro vital, sino más bien una miscelánea de credos, doctrinas y dichos sabios plasmados en papel. Nunca había conocido la eficacia de la Palabra de Dios, ni había creído que pudiera obrar milagros. No sé por qué nadie me había revelado antes esas verdades. El hecho es que de repente nació una profunda convicción en mi alma, la certeza de que

Dios no podía faltar a Sus promesas.

Toda mi vida me había considerado cristiana, pero nunca había creído de verdad la Palabra de Dios ni había conocido a Cristo personalmente. Fue a raíz de un folletito que tuve esa gloriosa experiencia. Cristo entró a mi vida y me satisfizo completamente. Mi escepticismo se desvaneció, así como la sensación de futilidad y desencanto que me embargaba; y en su lugar surgió en mi corazón una insaciable sed espiritual.

En aquel entonces yo era una inválida. Llevaba ya cinco años discapacitada. Varios médicos me habían declarado incurable. Sin embargo, después que acepté a Cristo y que mi fe cobró vida, empecé a acudir a Él para que me devolviese la salud. Recé para que me sanara y esperé a que me proporcionara alguna prueba de que había escuchado mi súplica y de que respondería a mi clamor. Como le sucede a mucha gente, necesitaba ver para creer. La Biblia, en cambio, enseña justamente lo opuesto: Hay que creer para llegar a ver.

Dios me recordó ciertos versículos de la Biblia para indicarme que debía dar crédito a lo que Él decía sin apoyarme en los sentidos, simple y llanamente porque Él lo decía. De

golpe tuve la convicción de que Él había oído mis oraciones y ya me había respondido, que había extendido la mano para sanarme, aunque mi estado físico no había experimentado ninguna mejoría. Era así simplemente porque lo decía Dios. ¡Con eso bastaba! Al tomar conciencia de ello, mi corazón estalló de alegría. En ese momento nació en mi alma algo que no ha cambiado hasta el día de hoy: una fe inquebrantable en la Palabra de Dios.

Una y otra vez, tendida en la cama, repetí en voz baja: «Es la Palabra de Dios, ¡no puede fallar! Es la Palabra de Dios, ¡Él no puede faltar a ella!» Me pareció ver la Palabra de Dios desplazándose a lo largo de los siglos, invencible, infalible, inagotable, inextinguible. Una alegría que no acierto a describir me invadió el corazón cuando



LA CHEQUERA

La Palabra de Dios abunda en promesas tanto como los cielos en estrellas. Todas esas promesas pueden reivindicarse ateniéndose a ciertas condiciones. Se han hecho gratuitamente y se pagan por entero. [Charles] Spurgeon [predicador británico del siglo XIX] llama al libro de promesas de Dios «la chequera del Banco de la Fe». Una chequera no es un elemento decorativo, ni algo que sirva para meditar. Tiene un uso práctico.

Las promesas hechas por Dios pueden presentarse y cobrarse en su totalidad. El capital que el creyente tiene en la empresa del Rey está depositado en la tesorería del Señor y la única manera de hacer uso de ese capital es retirar montos todos los días. El dinero nunca se agota.

Las promesas de Dios no son nominativas. Él sólo exige ciertos requisitos para su cobro. Ponles tu nombre, cumple las condiciones y cobra todo lo que Dios te promete. Algunas son pagaderas a la vista, otras tienen fecha posterior; pero una promesa de Dios a largo plazo es tan segura como una de pago inmediato.

SRA. DE CHARLES COWMAN (1870-1960), «MOUNTAIN TRAILWAYS» ◀

comprendí que contaba con un ancla firme a la que aferrarme.

Me convencí de que Dios había obrado, pues yo había cumplido Sus condiciones. Ahí estaba Su promesa, clara y certera, de que no podía faltar a Su Palabra y de que no lo haría. Me propuse no dudar de ella.

Entonces lo que me había prometido se cumplió al pie de la letra. ¡Me curé por completo! Fue bellissimo descubrir que «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Han pasado muchos años desde aquella experiencia, y todavía estoy en óptimas condiciones de salud. *(Nota de la redacción: Virginia Brandt Berg tenía 29 años en el momento en que sanó. Después vivió otros 54 años, hasta los 83.)*

Jesús dijo: «Las palabras que os he hablado son espíritu

y son vida» (Juan 6:63).

Cuando tomamos conciencia de que la Palabra de Dios posee una fuerza vivificante, accedemos a una verdad que todo lo hace posible.

«Dios no es hombre, para que mienta. [...] ¿Acaso dice y no hace? ¿Acaso promete y no cumple?» (Números 23:19). Paralelamente, en 1 Reyes 8:56 dice: «Ni una sola palabra de todas las promesas [de Dios] ha faltado». ¡Tómate eso en serio! Fíjate en un versículo, en una promesa, y di: «¡Es cierto simplemente porque lo dice Dios!» Cualquiera que sea la necesidad que tengas en este momento, Él la satisfará. Te orientará a diario. Tu fe surgirá invencible, y tú también clamarás triunfante: «¡Es cierto simplemente porque lo dice Dios!» ¡Y Él es capaz de cumplir Sus promesas!» ◀

REBELDES

LOS PENSAMIENTOS

VIRGINIA BRANDT BERG

UNA MUJER ME ESCRIBIÓ para pedirme consejo porque no podía superar su rencor. «Como recordará —decía—, tiempo atrás le hablé de alguien con quien me relaciono a diario, que es malicioso y siempre me dice cosas desagradables. En mi carta le conté que había logrado refrenar las ganas de replicarle. Aunque he logrado controlar mi lengua, no he cambiado de forma de pensar. Consigo dominarme, pero por dentro estoy furiosa».

Esa carta me recordó una anécdota sobre un niño llamado Jaime a quien castigaron por hacer algo que su madre le había advertido en repetidas ocasiones que no hiciera. Finalmente la madre le dijo: «Siéntate en el rincón hasta

que te diga que puedes levantarte». Jaime se sentó, pero por dentro hervía y seguía rebelde. Al cabo de un rato la madre le preguntó: «Jaime, ¿vas a obedecer ahora?». El niño le respondió: «Estoy sentado, pero por dentro ¡sigo de pie!»

La lucha mental interna suele ser la más difícil de superar. Por eso Dios nos exhorta claramente a controlar nuestros pensamientos: «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Alguien me dijo una vez que, en su opinión, de todas las facultades que Dios nos concedió, la más importante era la capacidad de pensar. Los pensamientos son parte vital de nuestra esencia y nos acompañan dondequiera que vayamos. Es tan imposible apartarnos de ellos como separarnos de nuestra sombra. Los pensamientos positivos enraizados en valores se convierten en nuestros mejores compañeros de viaje. En cambio, los adversos y hostiles nos persiguen y nos despojan

de nuestra felicidad y paz interior.

Este concepto tiene que ver con el tradicional principio de que nuestros deseos —que nos mueven a actuar de una u otra manera— son consecuencia directa de lo que pensamos. Dilapidamos nuestras energías lidiando con esas consecuencias porque no prestamos atención a su origen, que es la mente. No aplicamos lo de «en esto pensad».

Toda aspiración noble y piadosa proviene de pensamientos igualmente nobles y piadosos. Cuando nos detenemos a reflexionar sobre el milagro de la vida, sobre el mundo que Dios creó para nosotros y lo sublime que es Su amor, tomamos conciencia de que estamos rodeados de

mucha belleza. Es una pena que nuestros pensamientos deambulen a veces entre zarzas y entre la maleza, que se centren en cosas impías y desagradables.

Nos ajeteamos tanto que no tenemos tiempo para pensar bien, para meditar. Me recuerda otra anécdota sobre una madre que fue a visitar a su hijo en la gran ciudad. Estaba tan ocupado corriendo de aquí para allá que lo único que atinaba a decir era: «Hola, mamá», y: «Chao, mamá». Un día ella le dijo: «Hijo, ¿en qué momento te detienes a pensar?»

Muchos somos así. Estamos muy ocupados para detenernos a pensar, para dirigir nuestros pensamientos hacia Dios y Su Palabra, que nos da la vida, para «poner la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3:2).

Las batallas de la vida se libran primero en el terreno de los pensamientos. Allí se determinan las cuestiones esenciales de la existencia. Un homicidio se comete dentro de los confines de la mente antes de disparar el arma. El ladrón extiende la mano para robar un reloj, pero primero lo ha robado en el fuero de su mente.

Decimos a nuestros hijos que no deben hacer esto y aquello porque está mal, pero ¿les enseñamos a pensar? ¿Les enseñamos a centrar sus pensamientos en lo que es «verdadero, honesto, puro y amable, en lo que tiene virtud y es digno de alabanza»?

Hoy en día el arte de pensar parece haberse perdido. La gente no se toma tiempo para reflexionar. Si lo hiciera, Dios le indicaría soluciones. Cuando nos detenemos, acudimos a Él y le damos una oportunidad, Él nos señala cómo acometer lo que nos proponemos o cómo resolver las situaciones problemáticas a las que nos enfrentamos.

Volviendo a la carta de aquella mujer, parece casi inexcusable dejar que arraiguen en nuestra mente pensamientos de animosidad, críticas y resentimiento. Pero ¿cómo superarlos?

La única forma de deshacerse de pensamientos impuros es desalojarlos, ocupándonos en pensamientos «puros y amables». La fórmula para librarse de pensamientos maliciosos es sustituirlos por pensamientos positivos y bondadosos. La única manera de recoger una buena cosecha en el fértil huerto de la mente es sembrar buena semilla y atender cuidadosamente los cultivos. Cuando niña, mi padre me aleccionaba: «Si siembras un pensamiento, cosechas una acción. Si siembras una acción, cosechas un hábito. Si siembras un hábito, cosechas una manera de ser. Si siembras una manera de ser, cosechas un destino». La Palabra de Dios dice que somos tal como pensamos en nuestro corazón (Proverbios 23:7).

Podríamos presumir que nuestros pensamientos son intrascendentes y que nadie más que nosotros tiene conocimiento de

ellos. Sin embargo, los psicólogos nos enseñan que cada pensamiento influye en la totalidad de nuestra consciencia. Un pensamiento reiterado se puede convertir en un patrón de pensamiento. Quienes se habitúan a pensar en cosas amables, tiernas y amorosas se convierten en personas igualmente amables, tiernas y amorosas. En cambio, quienes albergan habitualmente pensamientos negativos adquieren un temperamento desagradable y terminan esclavizados por el resentimiento, la amargura y la ira. Su vida, en lugar de ennoblecerse, se envilece. Terminan por descubrir que su alma ha ido deformándose y ha quedado permanentemente contrahecha, mientras que los que «ponen la mira en las cosas de arriba» se desarrollan bien y alcanzan gran estatura.

Pide a Dios que te ayude a «poner la mira en las cosas de arriba». Así, en la medida en que continúes acudiendo a Él, te transformará por medio de la renovación de tu entendimiento (Romanos 12:2). ¡Esa es la clave para superar los malos pensamientos! ♦

EL APAGÓN

VIRGINIA BRANDT BERG

En el gran apagón ocurrido en 1965 en Norteamérica, al menos 25 millones de personas de Ontario (Canadá) y del noreste de Estados Unidos, incluida la ciudad de Nueva York, se quedaron sin electricidad por un lapso de hasta 12 horas. En otros países, los cortes de luz de esa magnitud eran corrientes y todavía lo son. Aquel, sin embargo, fue totalmente inesperado y pilló a todos desprevenidos.

El texto del siguiente artículo está tomado de una charla dada poco después.

EN UN NOTICIOSO sobre el apagón de la zona de Nueva York, un hombre que había estado allí comentó que había sentido una emoción indescriptible cuando de golpe volvió la luz, que a él nunca se le había ocurrido que pudiera llegar a faltarle. Eso me hizo pensar en los apagones personales

por los que he pasado yo, como un grave accidente del que parecía que nunca me recuperaría. Cuando finalmente sané, tuve la gloriosa sensación de haber salido de la oscuridad y retornado a la luz, liberada del dolor y la mala salud. Únicamente quienes han sufrido un apagón de éstos saben lo espléndido que es ver volver la luz.

Lo que hace más densas aún las tinieblas cuando se está inmerso en ellas es el temor de que uno nunca se las quite de encima. Sin embargo, te aseguro que la luz volverá: basta con que deposites tu confianza en Dios sin vacilar. En esos casos llevan ventaja quienes tienen fe en Dios, pues saben que llegará el día en que Él los liberará. La fe conduce a la victoria.

Para el apóstol Pablo fue tenebroso ir a parar a la prisión. No obstante, fue tanta su fe que

pudo sobreponerse a las circunstancias y en Filipenses 4:11-13 escribió: «No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». El gozo del Señor fue su fortaleza (Nehemías 8:10).

Con razón Pablo decía: «De ninguna cosa hago caso» (Hechos 20:24). Estoy seguro de que hubo personas que se sintieron igual durante aquel apagón. La oscuridad no las llenó de miedo ni las despojó de su sensación de seguridad. Contaban con una fuerza interior que les bastaba para hacer frente a cualquier circunstancia. Pablo





también. Por eso escribió: «Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos» (2 Corintios 4:8,9).

Hay un viejo refrán que reza: «En la desesperación nace esfuerzo al corazón». Cuando Pablo se vio en una situación desesperada, recurrió a una promesa de la Palabra de Dios —«Dios no te dejará, ni te desamparará» (Deuteronomio 31:6; Hebreos 13:5)— y se aferró a ella.

Dios nos ha dado muchísimas promesas estupendas a las que asirnos y que pueden tener el fulgor de una estrella en medio de un apagón. Dicho sea de paso, una persona que estuvo presente en ese apagón comentó que lo que más le impresionó fue poder ver las estrellas. Hacía mucho tiempo que la gente de Nueva York no las veía. Aquí tienes unas cuantas promesas *luminosas* que te ayudarán a salir adelante la

próxima vez que te encuentres en un túnel tenebroso:

«El ángel del Señor acampa alrededor de los que lo temen y los defiende» (Salmo 34:7).

«Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo librará el Señor» (Salmo 34:19).

«Temed al Señor vosotros sus santos, pues nada falta a los que lo temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien» (Salmo 34:9,10).

«Fuerte torre es el nombre del Señor; a ella corre el justo y se siente seguro» (Proverbios 18:10).

«El Señor será refugio del pobre, refugio para el tiempo de angustia» (Salmo 9:9).

Es maravilloso sentir la presencia de Dios en medio de las tinieblas.

Hace poco me llamó una mujer que se había hecho un esguince en el tobillo como consecuencia de una caída. Lloraba de dolor, así que me dirigí a toda prisa a

su casa y la llevé al hospital. Recé para que se recuperara rápida y totalmente y para que se le aliviara el dolor; pero ella no dejaba de decir que siempre le ocurrían cosas desafortunadas. Estaba convencida de que Dios no la amaba porque no la trataba bien. Creo que no oyó ni una palabra de mi oración. No había una sola estrella que alumbrara su noche. Las luces no se encendieron para ella a pesar de todo lo que le dije. No le dio a Dios una oportunidad. ¡Fue lamentable!

La serenidad con que afrontamos las dificultades cotidianas nos prepara para sucesos futuros más importantes y de mayor envergadura. Si aprendemos a hacer caso omiso de las circunstancias que arrojan oscuras sombras sobre nosotros, estaremos listos para algún apagón grande que pueda sobrevenirnos. El dice: «Bástate Mi gracia, porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). •

CÓMO AUMENTAR TU

VIRGINIA BRANDT BERG

Fe

UN AMIGO MÍO LE PREGUNTÓ al gerente de un supermercado si alguna vez un desconocido le había pagado con un cheque sin fondos.

—No —respondió él—. Yo nunca miro el cheque. Miro a la persona. Si la persona me inspira confianza, le acepto el cheque.

De eso podemos extraer una enseñanza muy valiosa acerca de la fe.

En Hebreos 10:23 encontramos las siguientes palabras: «Fiel es el que prometió». ¿Quién hace las promesas de la Palabra de Dios? Dios mismo. Si miramos al Redactor de las promesas, no puede haber dudas acerca de la validez absoluta de las mismas. La Palabra de Dios dice: «Vuelve ahora en amistad con Dios y tendrás paz; y la prosperidad vendrá a ti» (Job 22:21).

Conocer a Dios es tener la certeza de que Él cumplirá todas las promesas que nos ha hecho. Abraham conocía a Dios y

no «dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe [...], plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido» (Romanos 4:20,21).

Para algunos la fe es una virtud más bien misteriosa que está fuera de su alcance. Otros la consideran un don innato que unos pocos favorecidos poseen y otros no. Ambos conceptos son erróneos.

Dios ha repartido a cada uno una medida de fe (Romanos 12:3). Es decir, que todo el que ha aceptado a Jesús posee algo de fe. Muchos simplemente no la ejercitan. Al igual que sucede con los músculos, la fe, si no se ejercita, se torna flácida. Para que la fe crezca, es preciso ejercitarla constantemente.

La fe no se obtiene haciendo análisis académicos de la Palabra de Dios. Los secretos divinos más profundos no se les revelan a los sabios y a los entendidos

(Mateo 11:25), sino a quienes se atreven a tomarle la palabra a Dios.

Quienes manifiestan una fe infantil hacen caso omiso de todas las dudas y argumentaciones. Desconciertan a los intelectuales cuando obtienen de Dios el cumplimiento de una promesa que éstos no logran entender bien.

Aunque la fe obra en un ámbito totalmente distinto del de nuestros cinco sentidos, se le aplican algunos de los mismos principios. Cuando degustamos algo dulce, tenemos prueba de ello porque las papilas así nos lo indican. Por más que nos digan lo contrario, sabemos que es dulce porque nuestro sentido del gusto nos lo confirma.

En la vida espiritual, la fe nos demuestra verdades espirituales, de la misma forma que nuestros cinco sentidos nos proporcionan pruebas del mundo físico. Así como aceptamos lo que nos indican los sentidos, debemos también dar por cierto lo que nos indica la fe. Cuando lo hacemos, nuestra fe hace que se concreten nuestras expectativas y las torna realidad. «Como creíste te sea hecho» (Mateo 8:13).

Da crédito a las promesas de la Palabra de Dios. Cuando te sobrevengan prue-

Así como existe una fuerza invisible de atracción que aglutina el mundo material y un principio invisible de confianza sobre el que se asienta el mundo financiero, la invisible ley de la fe es la fuerza subyacente que da cohesión al mundo espiritual. *V.B.B.*

bas y tribulaciones, en vez de dejar que se agraven y se acumulen, echa mano de tu Biblia, busca una promesa y reclámala invocando el nombre de Jesús. La siguiente es una que empleo con frecuencia, aunque sobrepasa totalmente mi entendimiento: «Todo lo que pidáis al Padre en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13). Y otra más: «Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).

Con razón la Biblia califica esas promesas de «preciosas y grandísimas» y nos enseña que por medio de ellas podemos ser «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Con una fe sencilla nos basta. ❀

NO HAY COMO CONOCER AL AUTOR

Adaptación de un texto de David Brandt Berg

A una universitaria le encargaron que leyera determinado libro. A poco de empezarlo, lo encontró tedioso y excesivamente erudito, así que lo guardó en el armario pensando que ya lo leería más adelante. Pasado cierto tiempo fue invitado a la universidad un conferencista, y la muchacha asistió a la charla. Ni bien lo vio, quedó cautivada por su fisonomía, su personalidad, sus conocimientos y el entusiasmo con que exponía el tema. En el curso de la conferencia cayó en la cuenta de que se trataba del autor del libro que había descartado sin ningún reparo. Al regresar a su casa, sacó el libro del armario y lo leyó de pe a pa. ¿Qué suscitó de pronto su interés en un libro que antes le había parecido aburrido? Que había conocido al autor del mismo y se había enamorado perdidamente de él.

Si la Biblia te parece pesada y tediosa, tal vez te hace falta intimar con su autor. Si quieres conocerlo mejor, haz ahora mismo esta sencilla oración:

Jesús, quiero conocerte bien. Si de veras eres el Hijo de Dios, que murió para que fueran perdonadas mis faltas y tuviera acceso a la vida eterna, te ruego que me lo demuestres. En este mismo momento te abro mi corazón y te invito a vivir en él. Amén.



BUMERÁN

VIRGINIA BRANDT BERG

DE NIÑA, LA PRIMERA VEZ que fui al circo quedé maravillada, boquiabierta, al ver los espectáculos simultáneos que se presentaban en las tres pistas. En una había animales con un domador, y en otra unos saltimbanquis que volaban por los aires. Sin embargo, lo que más me interesó fue lo de la tercera pista. Una chica y un muchacho arrojaban unas armas de colores brillantes, que una vez que cruzaban la pista volvían a las manos del que las había arrojado. Cualquiera que fuera la dirección en que tiraban esos artefactos, describían una curva y retornaban rápidamente a los artistas, que los tomaban y volvían a arrojarlos.

Me quedé mirándolos atónita. ¿Qué fuerza misteriosa alteraba el curso de aquellos objetos y los hacía volver a su punto de partida? «Son bumeranes», oí decir a alguien a mi lado. Era la primera vez que escuchaba ese vocablo, y se me quedó grabado.

Huelga decir que desde entonces he oído esa palabra muchas veces, y también he visto cumplirse el efecto bumerán. La vida misma es un bumerán. Todo lo que hacemos vuelve a nosotros en algún momento, en algún lugar. La Palabra de Dios dice: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará»¹. Todas las palabras y acciones que lanzamos por ahí, algún día vuelven a su punto de origen.

Es extraña la trayectoria circular que describe un bumerán para finalmente regresar a la persona que lo arrojó. La ley de la compensación opera de la misma manera. Todo lo que el hombre echa a rodar por

el mundo a la larga vuelve a él. Si reparte pan de bondad, la bondad vuelve a él; si despidе maldiciones, maldiciones caerán sobre él. Tanto lo bueno como lo malo, en algún momento nos alcanza, muchas veces habiendo cobrado más ímpetu aún.

A veces sucede enseguida, como el caso de una señora a la que escuché en el supermercado hablando a su hijo en tono exasperado e impaciente. Cuando el niño le contestó de la misma manera, pensé: «El bumerán que tiró esa madre viró y volvió a ella».

En otros casos, puede llevar años. Conocí a una señora que me pidió que rezara por su hijo ya crecido que andaba por mal camino. «Antes todo era muy distinto —me dijo—. Cuando era pequeño no reparé en el efecto que tenía en él mi conducta. Lo que para mí era pura diversión estaba menosca-

¹ Gálatas 6:7

bando sus valores. Luego, cuando terminó entre rejas, no pude menos que pensar que aquello era el reflejo difuso de mis propios actos». La vida de su hijo, al igual que el metal fundido, había ido a parar al molde y se había endurecido. El bumerán se le había tirado encima.

Cierta mañana visité a dos mujeres en el mismo hospital. La habitación de la primera estaba llena de flores, de tarjetas y de cantidad de lindos regalitos de amigos y conocidos. A la paciente le habían llovido esas atenciones y prendas de bondad y empatía. Era un reflejo de su propia vida, pues a lo largo de los años había sembrado amor y consideración en la vida de los demás. En aquel momento en que se hallaba postrada en el hospital, todo aquello le estaba volviendo.

En otra habitación del mismo pasillo yacía la otra mujer, sola. En su rostro tenía dibujadas las líneas de la amargura, el resentimiento y la suspicacia. El egoísmo había arruinado su vida. Ahí estaba, igual de inmersa en sí misma, igual de recelosa y crítica que siempre, mirando la pared, una pared tan dura, fría y desnuda como los muros que había construido en derredor de sí toda su vida. Terminó sola frente a la muerte.

¡Qué ambiente tan diferente se percibía en una habitación y en la otra! El bumerán había vuelto a aquellas dos mujeres, pero de formas muy distintas.

«Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebotando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir»¹. Todo el que se conduzca desinteresadamente, preocupándose de los demás y ayudándolos a llevar sus cargas, aliviando su dolor y contribuyendo a satisfacer sus necesidades, sin duda verá algún día que ese bumerán le vuelve trayendo bendiciones. •

¹ Lucas 6:38

CÓMO HALLAR AMOR

DAVID BRANDT BERG

Si manifiestas verdadero amor, no te costará ganar amigos. Cuando te interesas sinceramente por los demás y les demuestras cariño, ellos se interesan por ti y hacen lo propio contigo. El amor engendra amor. Si siembras cariño, eso mismo segarás. Si siembras amistad, ganarás amigos¹.

El amor es infalible. Adonde sea que lo dirijas, siempre te reportará grandes beneficios. Es imposible dar sin recibir. Si manifiestas amor e interés verdaderos, siempre recibirás cariño a cambio; y cuanto más des, más recibirás.

Hay a tu alrededor muchas personas que, al igual que tú, viven solitarias y ansían más amor. Seguramente están a la espera de que tú des el primer paso. Ve y procura hacer feliz a alguien. Descubrirás todo un mundo nuevo de amor que sólo habías conocido en sueños.

Si manifiestas cariño, recibirás cariño. Ese es un principio, una regla divina. Si hacemos felices a los demás, Dios nos hace felices. Así de simple.

¹ Gálatas 6:7



Habida cuenta de los recelos iniciales de algunos miembros del conjunto cuando se les unió César, éste sintió un gran alivio al ver que empezaban a valorar su singular aporte a la música del grupo.

EL PERDÓN

«SEÑOR, HAZ QUE TODA LA GENTE MALA sea más buena —rezó un pequeñito— y que toda la gente buena sea más amable». Lamentablemente, en este mundo imperfecto en que vivimos a veces nos toca coexistir con personas que no siempre son buenas. Otras veces, en cambio, nos topamos con personas que encajan en el perfil de *buenas*, pero no siempre son muy amables. Todos nos hemos encontrado en situaciones en las que nos han tratado injustamente o nos han juzgado mal, y seguramente nos volverá a suceder.

En casos así, conviene recordar que nosotros tampoco hemos sido siempre buenos o amables. «No juzguéis, para que no seáis juzgados —dice la Biblia—. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido»¹. Eso debería hacernos reflexionar un poco acerca de nuestra actitud con los demás, sobre todo con quienes nos han hecho algún daño, pues el trato que les demos será ni más ni menos el que recibiremos. «Eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo»².

Quizá te sientas impulsado por cierto afán de venganza y pienses que tienes que herir como te han herido. No guardes rencor. Nada te amargarán más la vida y echará a perder tu felicidad como dar cabida al resentimiento en tu corazón. Cuidado, «no sea [...] que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados»³. Es mucho mejor perdonar y olvidar la injusticia sufrida. Ama

a quienes te ofendan, compadécete de ellos y reza por ellos; luego deja el asunto en manos de Dios⁴.

Dios está al tanto. Además, Su Palabra es bien tajante en cuanto a perdonar a quienes han obrado mal con nosotros, por muy injusto que nos parezca el trato que hemos recibido. Jesús dijo: «Si no perdonáis a los hombres sus [faltas], tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras [faltas]»⁵, y: «También Mi Padre celestial [os castigará a] vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus [faltas]»⁶.

No es posible hacer eso por nosotros mismos; perdonar es contrario a la naturaleza humana. Es preciso que Jesús actúe en nosotros y por medio de nosotros. Cuéntaselo, pídele que te limpie el corazón de cualquier animosidad o resentimiento que podría estar arraigando en ti y encomiéndale a Él la situación. Además, la próxima vez que pienses en esa persona o situación, no permitas que te embarguen otra vez esos sentimientos negativos. Así Él podrá obrar a tu favor, sanar tu espíritu, librarte de ese lastre y ayudarte a seguir adelante. A uno normalmente no le nace hacer eso; sin embargo, es la solución divina.

Si te han herido, recuerda que Él quiere ayudarte. Pero está a la espera de que tú des el primer paso. ¿Cómo? Perdonando. •

¹ Mateo 7:1,2

² Romanos 2:1

³ Hebreos 12:15

⁴ Mateo 5:44-48; 1 Pedro 3:9

⁵ Mateo 6:15

⁶ Mateo 18:35

EL VERDADERO TRONO

ALGUNAS PERSONAS NO ALCANZAN a comprender cómo es que Dios bajó del Cielo y se encarnó; pero así fue. A mí no me resulta extraño. Es más, no me cuesta creerlo, porque todos los días veo nacer a Jesús en el corazón de las personas. Él viene a morar en nosotros y transforma nuestra vida. Eso para mí es un gran milagro: que Cristo pueda nacer en tu corazón y en el mío, vivir en nosotros e identificarse así con nosotros.

La Palabra de Dios dice que Jesús será llamado Admirable. «Un niño nos es nacido, Hijo nos es dado, y el principado sobre Su hombro; y se llamará Su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz»¹.

Su nombre es Admirable, porque vivió admirablemente. Fue por todos lados haciendo el bien y sanando a los oprimidos². Fue admirable Su muerte, toda vez que se entregó por nosotros para que alcanzáramos la vida eterna³. Admirable fue también Su resurrección, ya que se levantó de los muertos para que nosotros también pudiéramos vencer la muerte⁴. Por último, es asimismo admirable ahora en Su vida después de la muerte, pues vive para interceder por nosotros⁵.

Sin embargo, no basta con que Cristo, el Rey de reyes, naciera en Belén bajo aquella estrella que anunció Su venida; Él no halla Su verdadero trono hasta que no nace en

VIRGINIA BRANDT BERG

tu corazón. ¿Lo invitarás a formar parte de tu vida?

Tal vez hayas visto el famoso cuadro de William Holman Hunt en el que se aprecia a Jesús de pie ante una puerta cerrada, portando un farol. Dicen que poco después que el pintor concluyera la que a la postre fue su obra más renombrada, alguien se llegó hasta él y le comentó que había cometido un error: la puerta no tenía manija.

—No fue un error —replicó Hunt—. La puerta debe abrirse desde dentro. La manija está del lado de dentro.

Jesús, el Salvador, no puede traspasar una puerta a menos que se la abran desde dentro. La Palabra de Dios dice: «A todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios»⁶. Recíbelo esta Navidad. Cambiará tu vida. Acógelo en tu corazón. ●

Si aún no has aceptado el don más precioso de Dios —Jesús—, hazlo ahora mismo mediante una sencilla oración como la que sigue:

Gracias, Jesús, por venir a la Tierra a vivir como uno de nosotros y a sufrir como cualquier ser humano, a fin de llevarnos a conocer el amor del Padre celestial. Gracias también por morir por mí para que pudiera reconciliarme con Él y alcanzar la vida eterna en el Cielo. Te acepto como mi Salvador y te ruego que me perdones todas mis faltas y me ayudes a conocerte y a amarte profundamente, con lo que mi vida se llenará de amor. Amén.

¹ Isaías 9:6

² Hechos 10:38

³ Romanos 6:23; 1 Pedro 2:24

⁴ 1 Corintios 15:20,21

⁵ Hebreos 7:25

⁶ Juan 1:12



Dejar atrás el pasado

VIRGINIA BRANDT BERG

Vo me alegro de que cada vez que atravesamos el umbral de un nuevo año ignoremos lo que nos deparará. Me alegro de que no podamos correr el velo del tiempo y ver lo que nos aguarda.

Lo que sí sabemos es que podemos dejar atrás el pasado, con todas sus preocupaciones e inquietudes, sus penas y desazones, sus errores y tropiezos. Eso me parece estupendo. Todo ello queda por siempre relegado al pasado, y es inalterable. No nos es posible deshacer un solo acto ni desdecir una sola palabra irreflexiva. El nuevo año es una ocasión de volver a empezar.

Si has aceptado a Jesús como Salvador no tienes por qué cargar con culpas y remordimientos. Todos los errores, pesares y penas del pasado año se encuentran en manos del Dios omnipotente y han quedado cubiertos por Su amor.

Este año que comienza Dios puede darte «gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado»¹. Puede hacer brotar miel de la peña y agua dulce del amargo desierto del pasado, sin importar cómo haya sido². Todo eso promete en Su Palabra a los Suyos. «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien»³. Él puede hacer que todo redunde en beneficio nuestro.

Aunque muchas personas afirman creer en la misericordia y el perdón de Dios, se preocupan por las manchas que hay en las páginas de su pasado. Nunca se gozan plenamente en el hecho de que Dios ya las borró⁴. ¿Quién va a querer vivir en el pasado cuando el futuro es tan prometedor? «Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al

premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús»⁵.



Independientemente de cómo haya sido tu pasado, Jesús puede tornar tan radiante tu futuro que desees que se eternice. ¡Y lo bueno es que será eterno! Para disfrutar de felicidad celestial ahora y para siempre sólo tienes que aceptar a Jesús como tu Salvador haciendo sinceramente la siguiente oración:

Jesús, deseo conocerte. Gracias por morir por mí. Te ruego que me perdones todas mis faltas. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar en él. Concédeme el don de la vida eterna y lléname de Tu amor. Amén. ✠

¹ Isaías 61:3

² Deuteronomio 32:13; Isaías 41:18

³ Romanos 8:28

⁴ Isaías 43:25

⁵ Filipenses 3:13,14

CAMBIO DE MENTALIDAD



VIRGINIA BRANDT BERG

En cierta ocasión una señora me contó que se había esforzado mucho por albergar exclusivamente pensamientos positivos, pero no había conseguido persistir en su propósito. Aun cuando lograba mostrarse optimista, muchas veces por dentro se sentía ofuscada. El método de autoayuda que había elegido para intentar ser más positiva prescindía de Dios. Por eso, cuando las cosas le salían mal, no contaba con nada firme en qué apoyarse.

Si bien puede parecer paradójico considerar firme la fe en Dios, la verdad es que es así. «La fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve»¹. Frente a las dificultades y decepciones, la fe es mucho más eficaz que un simple ejercicio mental, pues está respaldada por las promesas que Dios nos hizo en Su Palabra, promesas que producen resultados concretos cuando uno cree en ellas y las aplica a situaciones de la vida real.

Además de ser capaces de modificar una situación de apuro, esas promesas tienen la virtud de transformarnos a nosotros. La Biblia dice: «Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento»². Por medio de esas «preciosas y grandísimas promesas» podemos llegar «a ser participantes de la naturaleza divina»³.

Mediante la voluntad podemos desterrar los pensamientos negativos. Sin embargo, a menos que ocupemos el vacío que dejan, nos volverán a invadir. ¿Con qué debemos sustituirlos? ¿Qué hay que sea más positivo y más poderoso que la Palabra viva del Dios vivo? La Palabra divina nos edifica y nos transforma, y sumada a la oración puede darnos la victoria sobre todo pensamiento desagradable y negativo y sus consecuencias.

En la medida en que hagamos un esfuerzo sostenido por reemplazar los pensamientos negativos por otros positivos derivados de la Palabra de Dios, nos iremos haciendo el hábito. Aprenderemos a «llevar cautivo todo pensamiento»⁴, como dice la Biblia.

Claro que resulta muy difícil hacer eso en medio de este tumultuoso mundo. La mente de Dios no se encuentra en las calles de la vida social ni en las tiendas de hobbies. Para establecer contacto con Él hay que buscar un sitio libre de distracciones. «Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público»⁵.

No hay mejor lugar para renovarse mentalmente que el aposento de la oración, a solas con Dios. Cuando nos apartamos de las cosas temporales que nos distraen y nos hostigan, cuando nos presentamos ante Dios y fijamos la mente en las cosas de Él, Su poder transformador comienza a obrar en nosotros. Entonces cambiamos y nos renovamos. ✝

¹ Hebreos 11:1, NVI

² Romanos 12:2

³ 2 Pedro 1:4

⁴ 2 Corintios 10:5

⁵ Mateo 6:6

CÓMO DISFRUTAR DE UN BUEN MATRIMONIO

Consejos de David Brandt Berg

El amor verdadero descansa sobre una base más perdurable que la sola satisfacción carnal. Tiene que haber un deseo desinteresado de proteger, ayudar y hacer feliz a la otra persona.

Mi madre me aconsejaba: «Cásate, no con una chica con la que podrías vivir, sino con esa sin la cual no puedes estar».

En el matrimonio debe haber tanta igualdad y participación como sea posible. Tiene que haber espacios para conversar, orar juntos, amarse, hablar de las cosas, ponerse de acuerdo y tomar decisiones conjuntas.

Lo más importante en el matrimonio es que los dos tengan confianza en Dios y en Jesucristo. Si se tiene fe, ¡todo es posible!

En el matrimonio uno muere a sí mismo, pero halla una nueva vida.

Dos de las cosas que más contribuyen a la buena marcha de un matrimonio son la sinceridad y el sentido del humor.

No olviden darse las gracias. La gratitud es fundamental en la vida de casados. Manifiéstense aprecio.

«Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, ¡en esto pensad!»² Eso se aplica también a tu cónyuge. Procura tener siempre presentes sus buenas cualidades y no tanto las malas.

¡Díganse: «Te quiero» cien veces al día!

El matrimonio es más que sexo o amistad, y más que una simple asociación estratégica. Es la relación más íntima, amorosa y sacrificada que pueda darse entre seres humanos, y la que más humildad enseña. «¡Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos!»³ El amor en su más pura manifestación es así: que el marido esté dispuesto a sacrificarse por la esposa, y ésta a entregar la vida por él. Es un amor sobrenatural, divino, que trasciende lo humano.

En la sociedad actual el matrimonio es bien difícil. Hay incontables tentaciones, no solo de engañar al cónyuge, sino de actuar con egoísmo, de tirar cada uno por su lado, de insistir en los derechos que cada uno cree tener. Todo ello proviene de la ambición personal y se opone al principio divino de que la abnegación conduce a la felicidad.

El secreto de la felicidad conyugal radica en que cada uno ponga primero al otro. Renunciamos a costumbres, preferencias y a determinada forma de ser en aras de lo nuevo, para agradar a esa estupenda persona que Dios puso en nuestra vida. Al proceder así, por amor, hallamos profunda felicidad, ya que el Señor bendice nuestro altruismo. Nos bendice por someternos abnegadamente a otra persona y procurar su bienestar, llegando incluso a ponerlo por encima del nuestro. ✝

¹ Mateo 17:20; Filipenses 4:13

² Filipenses 4:8

³ Juan 15:13

Año tras año, día tras día

VIRGINIA BRANDT BERG



ALGUIEN ME PREGUNTÓ el otro día: «¿Por qué haces referencia a tu edad con tanta frecuencia?» Es que me parece maravilloso que Dios me haya guardado a lo largo de tantos años. Lo anunciaré una vez más: «Tengo 80 años» [en 1966].

Yo que tú no le tendrías miedo a la vejez. Algunas personas piensan que no trae más que inconvenientes y achaques. Algo de eso hay, naturalmente. Sin embargo, puede ser también una aventura maravillosa, sobre todo para quienes han cultivado su relación con Jesús. Sin Él, me imagino que mi vida habría sido monótona y llena de desilusiones y fracasos. Conozco a mucha gente así, personas angustiadas por una

La vejez puede ser una aventura maravillosa, sobre todo para quienes han cultivado su relación con Jesús.

sensación de vacuidad y de intrascendencia porque carecen de fe y no tienen una relación viva con un Jesús vivo.

¿A cuántas personas conoces —sobre todo personas mayores— que tengan un rostro alegre y radiante? Muchos ancianos con que nos topamos por la calle denotan infelicidad y parecen abrumados por el miedo. El motivo es que les falta fe. No cuentan con un ancla para los tiempos tormentosos; no tienen a Jesús a quien acudir. Su rostro no expresa alegría porque no hay alegría en su corazón. Pero no tiene por qué ser así. Un amigo mío, hablando del semblante de una señora, dijo que «parecía una vieja catedral iluminada para el culto vespertino».

Conozco también personas mayores que no hacen más que hablar de lo estupenda que es la vida que llevan. En todos los casos, ese planteamiento optimista y el buen efecto que tiene son consecuencia de que una fe firme. Dicen : «El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de

La vejez es tanto una oportunidad,
con otro vestido, como la mocedad.
Y en el crepúsculo se llena el firmamento
de estrellas invisibles hasta ese momento.

Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882)

atemorizarme?»¹ En otras palabras: «No tengo miedo a los años. Pase lo que pase, estoy en manos de Dios». O: «Dios es mi amoroso Padre, y sé que todo redundará en mi bien, porque lo amo»². ¡Qué principio más estupendo por el que regir nuestra vida!

Muchas personas se empantanaban con los afanes de la vida; se preocupan de que en un futuro sus necesidades físicas y materiales queden insatisfechas. «Hombres de poca fe», fue la reprensión que dirigió Jesús a algunos de Su época. «Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?»³ Contamos con la seguridad de que «Dios [...] suplirá todo lo que [nos] falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús»⁴. Cuando los años nos dan alcance, Dios entiende nuestras necesidades de la misma manera que cuando éramos jóvenes, y es igual de capaz de proveer para ellas.

La Biblia dice que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos»⁵. Sus promesas no varían sólo porque entremos en años. Son válidas tanto para jóvenes como para ancianos, y están dirigidas tanto a unos como a otros. «Si puedes creer, al que cree todo le es posible»⁶ tiene la misma eficacia a los 80 años que a los 18. «Podemos decir confiadamente: “El Señor es mi ayudador; no temeré”»⁷.

«[Dios mismo] dijo: “No te desampararé, ni te dejaré”»⁸, lo que implica que no nos abandonará en nuestra vejez. Ese es el Dios que yo conozco, el cual me ha demostrado Su fidelidad año tras año en todo tipo de circunstancias. Ahora mismo está presto a satisfacer también tus necesidades, cualesquiera que sean. Tengas la edad que tengas, sea cual sea tu necesidad, en todo momento Él se desvela por ti.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DESTACADA EVANGELIZADORA Y MADRE DE DAVID BRANDT BERG (1919–1994), FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✠

¹ Salmo 27:1

² Romanos 8:28

³ Mateo 6:32,26

⁴ Filipenses 4:19

⁵ Hebreos 13:8

⁶ Marcos 9:23

⁷ Hebreos 13:6

⁸ Hebreos 13:5

⁹ Apocalipsis 22:12

¹⁰ Salmo 138:8; Filipenses 1:6



LA MEJOR ÉPOCA DE LA VIDA

DAVID BRANDT BERG

La vejez debería ser la mejor etapa de la vida. Quien ha procurado amar, ha vivido intensamente y ha hecho todo lo posible por agradar a Dios puede ver entonces el buen fruto de sus esfuerzos. Eso debería ser motivo para que uno se sienta auténtica y permanentemente realizado, seguro de que le aguardan recompensas eternas⁹.

Es una verdadera lástima que tanta gente tenga un concepto terrible de la ancianidad, cuando lo cierto es que todo debería ir de bien en mejor a medida que avanzamos en edad. La vejez sólo nos produce desilusión cuando descubrimos que el paso de los años no nos ha servido para acercarnos a Dios, que no hemos hecho otra cosa que dar vueltas a la noria, que todo nuestro trajín no nos ha reportado ningún progreso. Pero Dios no nos regaló la vida con la idea de que la primera mitad fuera la mejor. Él concluye y perfecciona todo lo que comienza¹⁰. De manera que no temas la vejez ni te resistas a ella; más bien preocúpate de que sea una etapa hermosa de tu vida.

CONSUELO EN LA HORA MÁS OSCURA

VIRGINIA BRANDT BERG

NUNCA ME ALEGRÉ TANTO DE TENER FE como cuando falleció mi marido. ¡Qué extraordinarios son el consuelo, la bendición y la paz con que contamos los creyentes! Muchas de las tarjetas de condolencia que me enviaron contenían mensajes basados en este versículo bíblico: «No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza»¹. Eso es muy cierto.

Durante las visitas que hice a mi marido en el hospital hablé con muchas personas que no tenían fe, que se encontraban junto al lecho de muerte de un familiar sin consuelo ni esperanza. Le agradezco a Dios Su grandioso plan de redención, por el cual tengo la certeza de que me reencontraré con marido en un mundo mejor; un plan concebido por Dios desde la fundación del mundo, de modo que aunque muramos, volveremos a vivir². Le agradezco también a Dios la buena nueva de que Jesús murió por nuestros pecados, fue sepultado y al tercer día resucitó para que nosotros podamos hacer lo propio³.

Dios nos otorga una gracia especial cuando la necesitamos. No la tenemos de antemano; sin embargo, Él se hace presente cuando nos enfrentamos a lo que, de no mediar esa gracia divina, sería un profundo quebranto.

Cuando mi marido estaba enfermo, yo solía cantarle de pie junto a su cama. No tengo gran voz, pero los himnos eran bellísimos. Lo que más le gustaba eran unas estrofas de *Cuán firme cimiento se ha dado a la fe*⁴:

No temas por nada, que contigo estoy.
Mi ayuda te doy, porque Yo soy tu Dios.
Yo siempre te esfuerzo, te afirmaré.
Mi diestra invencible será tu sostén.
No habrán de anegarte las ondas del mar
cuando aguas profundas te ordeno cruzar.

¡Cómo me sostuvo el Creador! He visto cumplida una vez más esa promesa de Su Palabra. De pronto me encontré en aguas profundas, pero no me anegaron⁵.

Sin fe en Dios la vida no es plena; algo nos falta. Jesús dijo que había venido para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia⁶.

Es muy cierto. La vida se enriquece cuando tenemos fe.

Al revisar las pertenencias de mi marido encontré este poema que guardaba en su Biblia:

¿MIEDO?

E.H. Hamilton

¿Miedo? ¿De qué?
¿De la redención de mi espíritu?
¿De pasar a un mundo pacífico,
libre de conflictos, magnífico?
¿Miedo? ¿Por qué?

¿Miedo? ¿De qué?
¿De ver la faz del Salvador?
¿De oír Su voz, y del dolor
saltar al triunfo del amor?
¿Miedo? ¿Por qué?

¿Miedo? ¿De qué?
Un choque, un cuerpo traspasado,
sombras, luz, ¡el Cielo anhelado!
junto al que fue crucificado.
¿Miedo? ¿Por qué?

¿Miedo? ¿De qué?
¿De reposar de tanto esfuerzo?
¿De seguir sirviendo al Maestro
en un paraíso excelso?
¿Miedo? ¿Por qué?

Mi marido no tenía miedo de irse: tú tampoco lo tendrás si has aceptado a Jesús como tu



«No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.» Thomas Moore (1779–1852)

LÁGRIMAS EN EL CIELO

DAVID BRANDT BERG



La Biblia no dice que no vaya a haber lágrimas en el Cielo. Cuando llegemos allá y nos veamos cara a cara con el Señor, todos derramaremos unas cuantas por las oportunidades que desaprovechamos, los errores que cometimos y las personas con las que habríamos querido ser más amorosos y considerados. Todos tendremos algo de qué lamentarnos o avergonzarnos.

Pero el Señor es tan magnánimo que dice que secará todas esas lágrimas. «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos»⁸.

La Biblia asegura que «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»⁹. Al pensar en eso nos resultan más soportables algunas de las experiencias por las que nos toca pasar.

«El llanto puede durar toda la noche, pero a la mañana vendrá el grito de alegría»¹⁰. Es preciso que mantengamos la mirada fija en Jesús y en lo que nos espera al final del camino de la vida. «Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria»¹¹.

Salvador, pues estarás convencido de que Él te va a acompañar. Aunque andes en valle de sombra de muerte, Él dice: «Estaré contigo»⁷. Estará a tu lado para reconfortarte.

Nunca me había parecido tan grande el amor de Dios, ni tan firme Su misericordia, ni tan abundante Su gracia, como durante aquella primera semana después que perdí a mi marido. Lo alabo con todo mi corazón por cómo cumplió Su Palabra y por Su fidelidad.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DE LAS PRECURSORAS DE LA EVANGELIZACIÓN POR RADIO Y MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✨

1. 1 Tesalonicenses 4:13

2. Juan 11:25,26

3. 1 Corintios 15:3,4

4. John Rippon, 1787

5. Isaías 43:2

6. Juan 10:10

7. Salmo 23:4

8. Apocalipsis 21:4

9. Romanos 8:18

10. Salmo 30:5 (NBLH)

11. 2 Corintios 4:17



asistencia adicional

VIRGINIA BRANDT BERG

¿ALGUNA VEZ TE HAS ENCONTRADO LEJOS DE CASA Y SIN DINERO? YO TUVE ESA EXPERIENCIA CUANDO ME FUI A ESTUDIAR A LA UNIVERSIDAD. Me angustié tanto que no podía dormir. De golpe se me ocurrió escribir a mi padre. Naturalmente, debí haber manejado con más cuidado mi presupuesto; pero sabía que él lo comprendería. ¡Qué alivio sentí cuando tomé esa decisión! Ya antes mi padre me había ayudado muchas veces. Sabía que volvería a hacerlo. En los días que pasaron desde que envié la carta hasta que recibí la respuesta no tuve la menor inquietud. [N. de la R.: Esto ocurrió hace más de 100 años, antes que existiera el correo electrónico y se generalizara el uso del teléfono.] Sabía que el dinero extra que le había tenido que pedir me llegaría. Y así fue.

Todos hemos tenido días en que los conflictos se suceden uno tras otro y nuestras fuerzas flaquean. Miramos a nuestro alrededor y no hallamos salida. Luego acudimos a Dios y le pedimos una ayudita extra.

Quizá ya sabes lo que es disponer de Su ayuda a diario. Cuentas con ella y se la agradeces. Pero cuando Él dice: «Invócame en el día de la angustia; te libraré»¹, se refiere a algo más. Se trata de una asistencia adicional en circunstancias extraordinarias: mayores fuerzas cuando nos sentimos particularmente débiles, una mayor provisión de bienes materiales cuando se nos presentan necesidades para las que no damos abasto, mayor firmeza cuando estamos bajo presiones abrumadoras,

Nuestro Padre celestial es muy accesible, está apenas a una oración de distancia, presto a perdonarnos y concedernos esa ayuda adicional.

mayor perspicacia cuando nada se ve claro y una mayor medida de amor cuando alguien necesita que le manifestemos el amor de Dios. Acudimos a nuestro Padre celestial, y Él nos concede esa ayuda extra que nos hace falta para superar la dificultad que nos agobia en ese momento.

Hay quienes afirman que Dios ha prometido acompañarnos en nuestras tribulaciones, pero no librarnos de ellas. A tales personas les recomiendo que lean ese versículo con más detenimiento. Puede que no nos libre tan rápidamente como quisiéramos, ni tal como esperamos, pero sí promete que nos libraré: «Invócame en el día de la angustia; te libraré». Promete ambas cosas.

Sin duda que Dios estuvo con Daniel en el foso de los leones; pero además lo libró de él². Sabemos que estuvo con Sadrac, Mesac y Abed-nego en el horno de fuego ardiente, pues el rey Nabucodonosor dijo haber visto cuatro siluetas en medio de las llamas, «y el aspecto del cuarto [era] semejante a hijo de los dioses»³. Pero seguidamente Dios los libró.

Cuando Dios no nos libra de inmediato de alguna prueba, generalmente es porque no estamos listos para ello; hay algo que nos falta hacer o que tenemos que aprender. Una vez que lo descubrimos y lo hacemos, o lo aprendemos, Dios nos libra.

He vivido situaciones en que estaba tan desanimada por mis fracasos que me sentía incapaz de clamar a Dios. Pero cuando dejé

de fijarme en mis fallos y debilidades y me centré más bien en las promesas de Dios, Él me libró. Me concedió esa ayuda extra apenas se la pedí.

Hoy en día circulan toda suerte de consejos para superar las dificultades: «El baile disipa la angustia», «No dejes de sonreír», «Procura descubrir algo bonito todos los días», «Ten un gesto amable con alguna persona». Yo estoy convencida de que hay que abordar la vida positivamente y ser amable con los demás. Sin embargo, eso nos distrae de nuestras miserias, pero no necesariamente nos libra de ellas.

En una época de mi vida —antes de tener una relación personal con Jesús— yo fui una inválida sin remedio. Una persona que tenía aún menos fe que yo no dejaba de decirme: «Aguanta. Aférrate». Ese era justamente el problema: no tenía a qué aferrarme. Pero gracias a Dios los creyentes no solo tenemos *algo* a qué aferrarnos; tenemos a *Quién* aferrarnos. «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones»⁴.

Un día el auto se me quedó varado en un camino desierto. Estaba sola y bastante desesperada. De golpe me acordé de una ex amiga que vivía no muy lejos de allí. Digo «ex amiga» porque aunque pensaba bastante seguido en aquella mujer, hacía tiempo que no me programaba para ir a verla ni la llamaba por teléfono. Sabía que estaría más que dispuesta a ayudarme, pero

no lograba decidirme a ir hasta su casa y pedírselo porque no me había comunicado con ella en mucho tiempo. Me quedé sentada en el vehículo tratando de armarme de valor, y no lo logré.

A veces nos pasa eso cuando no hemos incluido a Dios en nuestros pensamientos y actividades cotidianas, cuando no le hemos pedido consejo y ayuda para las cositas pequeñas, ni le hemos agradecido Su bondad, ni nos hemos hecho el tiempo para buscar inspiración y buenas enseñanzas en Su Palabra. Si lo hemos descuidado, nos resulta difícil invocarlo cuando estamos angustiados. Aunque sea embarazoso y humillante, es mucho mejor que seguir bregando por nuestra cuenta. Nuestro Padre celestial es muy accesible, está apenas a una oración de distancia, presto a perdonarnos y concedernos esa ayuda adicional.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886-1968), MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL, FUE UNA RENOMBRADA EVANGELIZADORA. DURANTE 15 AÑOS PRESENTÓ EL PROGRAMA DE RADIO *MOMENTOS DE MEDITACIÓN*. ESTE ARTÍCULO ES UNA ADAPTACIÓN DE UNA DE SUS EMISIONES. ✨

1. Salmo 50:15 3. Daniel 3:24,25
2. Daniel 6:16-23 4. Salmo 46:1

el sanador

VIRGINIA BRANDT BERG

RECUERDO QUE HACE ALGÚN TIEMPO ME PIDIERON QUE ORARA POR UNA JOVEN QUE LLEVABA OCHO LARGOS AÑOS EN CAMA, EN LA MÁS COMPLETA INVALIDEZ. ERA UN CASO PERDIDO. LOS MÉDICOS LA HABÍAN DESAHUCIADO.

Mi marido y yo la visitamos, nos quedamos diez días en su casa y pasamos muchas horas en oración. Yo no dejaba de pensar: «Dios mío, tantos han rogado por ella, incluso algunos que poseen el don de curar». No sabía qué hacer. Me sentía impotente ante una necesidad tan grande.

Entonces abrí la Biblia justo por la página en que se encuentra uno de mis versículos favoritos: «Nos libró y nos libra y esperamos que aún nos libraré de tan grave peligro de muerte»¹. Me fijé además en el versículo anterior, al que no había prestado atención hasta entonces, que dice: «...para

que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos»².

De pronto caí en la cuenta de que la sanación de aquella joven tenía muy poco que ver con lo que yo hiciera o con lo que hicieran los demás que estaban rogando por ella. Nuestra función consistía únicamente en presentarle el asunto a Dios. Era Él quien debía intervenir. No podíamos confiar en nuestro poder o en nuestras aptitudes. Cualquiera que sea el concepto que tengamos de nosotros mismos, es Dios quien cura a los enfermos y resucita a los muertos.

Llamé a mi esposo al cuarto de la muchacha y leímos juntos unos pasajes de la Biblia. Seguidamente se nos unieron sus padres para rogar por ella. Entonces, con toda sinceridad y mucha fe en Dios, le dijimos: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda»³, y se levantó. En ocho años jamás había salido de la cama, pero se levantó y caminó. Eso demuestra que no hay persona en el mundo a quien Dios no pueda curar. ■

1. 2 Corintios 1:10 (RV95)

2. 2 Corintios 1:9

3. Hechos 3:6

PROMESAS BÍBLICAS DE CURACIÓN

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de Sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias».
Salmo 103:2,3

«Yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice el Señor».
Jeremías 30:17

«La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará».
Santiago 5:15

«Yo soy el Señor tu sanador».
Éxodo 15:26

«Oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz».
Santiago 5:16 (NVI)

EN LA CAPILLA WESLEY, MONUMENTO HISTÓRICO DE LONDRES, HAY UN HERMOSO VITRAL QUE LLEVA LA SIGUIENTE INSCRIPCIÓN: «Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará Tu mano y me asirá Tu diestra»¹.

El hombre siempre ha soñado con tener alas, una forma de elevarse por encima de la tierra y sus pesares. Parece ser algo innato en los seres humanos eso de sentirnos confinados y descontentos en nuestro entorno. Nos convencemos de que más allá —detrás de ese cerro o cruzando tal charco— todo será más fácil, más auspicioso, y seremos más libres.

Hay otro versículo en el que el salmista se hace eco del deseo de alejarse de todo. Dice: «¡Quién me diese alas como de paloma! Volaría yo, y descansaría»². Pero él conocía el secreto para hallar ese sitio magnífico, apartado del ajetreo cotidiano, y nos lo reveló: «El Señor me sustentaba»³.

Dios sostuvo a David en todas sus dificultades y pruebas y cambió sus cargas por alas. «Los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán»⁴. Cuando acudimos a la Palabra de Dios y aguardamos en oración hasta que Él toca nuestra alma, nos remontamos a esferas de paz y sosiego donde el Señor en verdad «nos sustenta».

En las MALAS, ALAS

VIRGINIA BRANDT BERG

1. Salmo 139:9,10

2. Salmo 55:6

3. Salmo 3:5

4. Isaías 40:31

5. Salmo 27:14

6. V. Isaías 26:3

Este mundo a diario tira de nosotros hacia abajo; pero también existe una fuerza que nos impulsa hacia arriba, hacia el propio corazón de Dios. Si lees Su Palabra, le abres tu corazón y aguardas a que Él te hable, hallarás todas las fuerzas que necesitas. El problema es que muchas personas intentan arreglárselas por su cuenta, con la esperanza de que de algún modo lograrán superar sus dificultades. Echan a andar antes de tener alas. Pero fíjate en lo que dice ese versículo. Primero uno se renueva; luego puede correr y caminar. ¿Qué posibilidades tiene tu alma si nunca haces una pausa para conectarte con Dios y extraer fuerzas de Él? «Aguarda al Señor; esfuérzate, y alíentese tu corazón»⁵.

VIRGINIA BERG (1886–1968) SE DESEMPEÑÓ COMO EVANGELIZADORA Y PASTORA, Y FUE LA MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

En un instante Dios puede despejar todo lo que nos aflige. Basta una sola aspiración profunda para que nuestro espíritu se renueve. Basta con escuchar unos segundos Sus suaves melodías para que se nos aclaren las ideas. Jesús puede hacer que se esfumen nuestros temores y pesares si tan solo nos tomamos unos instantes de reposo y nos recreamos en esa completa paz que Él nos da cuando nuestro pensamiento persevera en Él y en nadie más⁶. *David Brandt Berg*

DIOS NO CAMBIA CON LOS AÑOS

VIRGINIA BRANDT BERG

EN ÉPOCAS DE PRUEBAS SUPREMAS, Dios se me ha manifestado. He comprobado que Él es tan real que podría exclamar con plena confianza: «Sé en quién he creído»¹.

Dios ha prometido: «Cuando pases por las aguas, Yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás ni la llama arderá en ti»². «De manera que podemos decir confiadamente: “El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”»³. «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?»⁴

Tanto en emergencias como en prolongadas dificultades, Dios cumple hoy Sus promesas con la misma seguridad con que lo hacía antiguamente. En esencia nos dice: «No te

defraudaré. Cuando te halles en una situación de apuro o bajo intensa presión, cobra valor. En ninguna circunstancia te desampararé». Y eso te lo dice a ti.

Ese es el Dios que yo conozco. Su infalibilidad me ha quedado demostrada año tras año, en todo tipo de situaciones. Ese mismo Dios está en este momento dispuesto a apoyarte en cualquier dificultad que tengas. Te está hablando ahora. Si te sientes incapaz de dar un paso más a menos que alguien te aligere la carga, este mensaje es para ti.

Dios es fiel. No importa cuántos años tengas ni por qué trance estés pasando. Dios está muy pendiente de ti en este preciso instante. Es a ti a quien desea ayudar. «Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar»⁵.

TODOS MIS CAMINOS TE SON CONOCIDOS

Oración de gratitud

Oh Señor, Tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son Tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de Ti mi cuerpo, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron Tus ojos, y en Tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. ¡Cuán preciosos me son, oh Dios, Tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!⁶ ■

1. 2 Timoteo 1:12 (NBLH)

2. Isaías 43:2 (RVR 95)

3. Hebreos 13:6

4. Romanos 8:31

5. Mateo 11:28 (NBLH)

6. Salmo 139:13-17

VIRGINIA BRANDT BERG (1886-1968)

FUE MADRE DE DAVID BRANDT

BERG (1914-1994), FUNDADOR DE LA

FAMILIA INTERNACIONAL. ■

DETERMINACIÓN INCONMOVIBLE

VIRGINIA BRANDT BERG

DURANTE AÑOS CASI SIEMPRE CERRABA MI PROGRAMA DE RADIO, *Momentos de meditación*, con la frase: «Dios todavía está en el trono, y la oración surte efecto». Un oyente me escribió diciéndome: «No encuentro esas palabras en la Biblia».

Si bien es cierto que no están en la Biblia, no cabe duda de que están en consonancia con las Escrituras y que expresan una verdad importante.

Si orar no altera nada, ¿para qué hacerlo? Si, por el contrario, la oración surte efecto, deberíamos dedicarle más tiempo, habida cuenta de que a nuestro alrededor abundan situaciones que requieren remedio. Si la oración de veras produce cambios, pongámonos a orar en serio y a cambiar lo que haya que cambiar. ¡Imagínate lo que podría suceder si realmente creyéramos eso! Jesús dijo: «Al que cree, todo le es posible»¹. Si has rezado y no se ha producido ningún cambio en la situación, estos consejos te van a venir al dedillo.

Hace años era muy común entre los cristianos la expresión *orar con insistencia*. Significa no dejar de implorar

1. Marcos 9:23
2. Salmo 28:6,7
3. Salmo 6:8,9
4. Salmo 66:19
5. Salmo 116:1,2
6. Juan 14:14
7. Juan 16:23
8. Gálatas 6:9
9. Véase Hebreos, capítulo 11

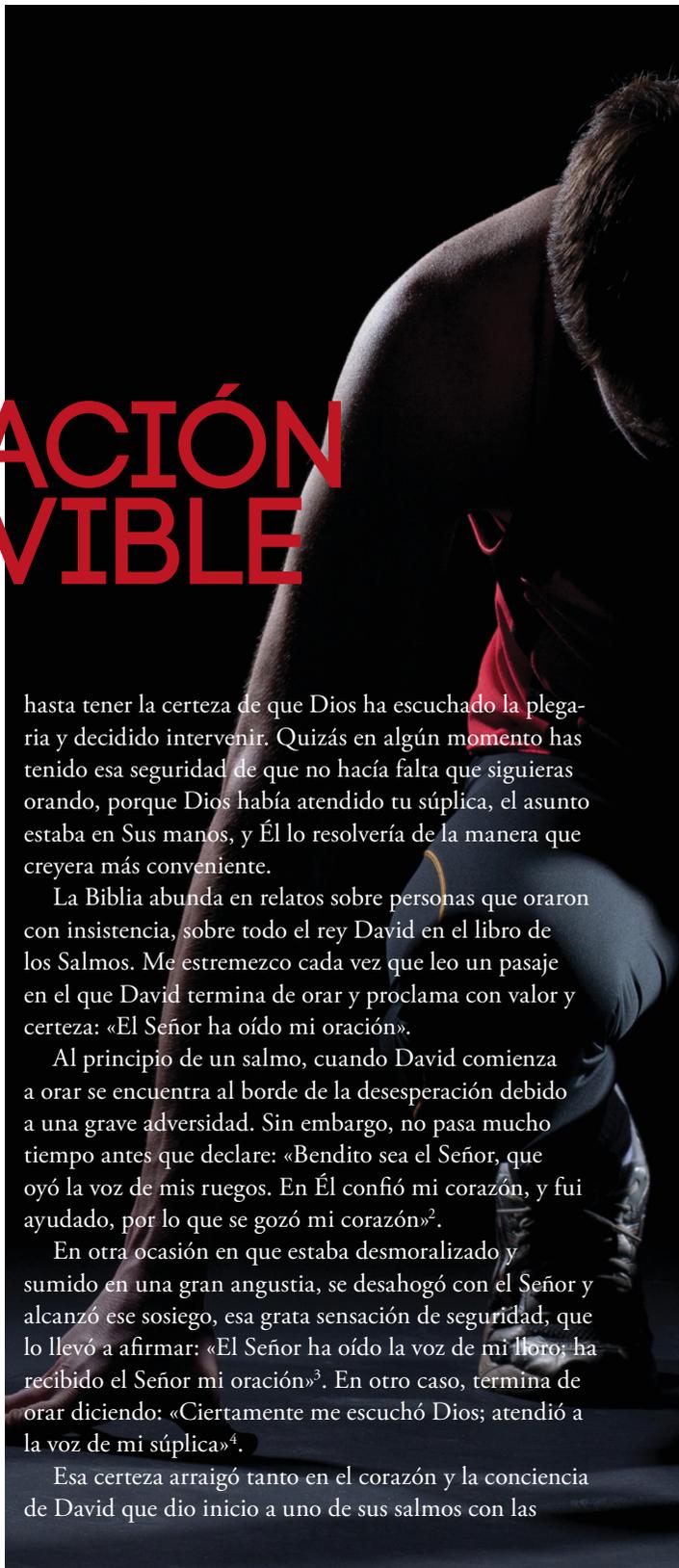
hasta tener la certeza de que Dios ha escuchado la plegaria y decidido intervenir. Quizás en algún momento has tenido esa seguridad de que no hacía falta que siguieras orando, porque Dios había atendido tu súplica, el asunto estaba en Sus manos, y Él lo resolvería de la manera que creyera más conveniente.

La Biblia abunda en relatos sobre personas que oraron con insistencia, sobre todo el rey David en el libro de los Salmos. Me estremezco cada vez que leo un pasaje en el que David termina de orar y proclama con valor y certeza: «El Señor ha oído mi oración».

Al principio de un salmo, cuando David comienza a orar se encuentra al borde de la desesperación debido a una grave adversidad. Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes que declare: «Bendito sea el Señor, que oyó la voz de mis ruegos. En Él confié mi corazón, y fui ayudado, por lo que se gozó mi corazón»².

En otra ocasión en que estaba desmoralizado y sumido en una gran angustia, se desahogó con el Señor y alcanzó ese sosiego, esa grata sensación de seguridad, que lo llevó a afirmar: «El Señor ha oído la voz de mi lloro; ha recibido el Señor mi oración»³. En otro caso, termina de orar diciendo: «Ciertamente me escuchó Dios; atendió a la voz de mi súplica»⁴.

Esa certeza arraigó tanto en el corazón y la conciencia de David que dio inicio a uno de sus salmos con las





siguientes palabras: «Amo al Señor, pues ha oído mi voz y mis súplicas; porque ha inclinado a mí Su oído; por tanto, le invocaré en todos mis días»⁵. Sabía que Dios lo escucharía y le respondería.

Hace muchos años sufrí un accidente terrible que me dejó inválida. Quedé paralizada de la cintura para abajo y mayormente postrada en cama durante cinco años. Además sufrí unas afecciones cardíacas y respiratorias que pusieron en riesgo mi vida. Encima, las sucesivas operaciones que me practicaron para tratar de restituirme el uso de las piernas me dejaron diversas secuelas y dolencias. Fue esa determinación incommovible, ese orar con insistencia, lo que me infundió la plenitud de fe que a la postre condujo a mi milagrosa y completa sanación.

Por medio de Jesucristo tú también puedes obtener una respuesta igual de maravillosa a tus oraciones. Aférrate a Sus promesas: «Si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré»⁶. «Todo cuanto pidieréis al Padre en Mi nombre, os lo dará»⁷. Cree con esa misma determinación incommovible: «Aguantaré hasta obtener la respuesta». ¡No te des por vencido!

¿Cuántas ganas tienes de que Dios responda tu oración? ¿Estás dispuesto a cumplir con esa condición, vas a tener esa determinación incommovible, o te dejarás abatir y vencer por las demoras? ¿Permitirás que los obstáculos te impidan alcanzar la victoria o que las dudas de terceros

deterioreen tu fe? Si bien hay muchas formas de afrontar una crisis, una sola te garantiza el triunfo: orar hasta alcanzarlo.

La Biblia dice: «No nos cansemos, pues, de hacer bien —en este caso, de orar—, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos»⁸.

¡Ojalá se afiance tu fe pensando en el rey David y en otros personajes de la Biblia que gracias a esa determinación incommovible derribaron los muros de Jericó, cruzaron el mar Rojo como por tierra seca y obraron muchos otros milagros⁹!

Echa mano de las promesas de Dios y atraviesa toda dificultad con firme confianza, declarando como los santos de antaño: «Decididamente no permitiré que nada me prive de lo que Dios me ha prometido en Su Palabra».

Dios tiene muchos motivos por los que no responde de inmediato o tal como esperamos. Pero eso no quita que a la larga responda a toda oración que se haga con plena fe. ¿Te empeñarás en orar hasta que Dios te dé la certeza de que te responderá? ¿Tantos deseos tienes de ver contestadas tus oraciones? En ese caso, no te llevarás una decepción, pues Dios todavía está en el trono, y la oración surte efecto.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DESTACADA EVANGELIZADORA. ■

LA RUTA DE LA FELICIDAD

ADAPTACIÓN DE UN EXTRACTO DE UN PROGRAMA RADIAL DE VIRGINIA BRANDT BERG

INDEPENDIEMENTE DE CUÁL SEA NUESTRO PROYECTO PARTICULAR DE VIDA, TODOS TENEMOS UNA ASPIRACIÓN EN COMÚN: la felicidad.

Es obvio que la felicidad tiene sentidos y matices distintos para cada persona, aunque diríase que para algunos no significa otra cosa que pasarlo bien. De niños todos tenemos esa idea. Creemos que la felicidad es hacer lo que nos plazca, divertirnos en grande y tener que trabajar poco. No obstante, con el tiempo y luego de incontables fechorías y dolores de barriga, la mayoría aprendemos que la felicidad no proviene de echar mano de todo lo que queremos, ni es producto del ocio o de comer pasteles de chocolate.

Desafortunadamente, algunas personas no superan esa etapa. Se pasan la vida buscando la felicidad donde menos se encuentra, y descubren demasiado tarde que se les fue

el tiempo persiguiendo sombras. Por otra parte, hay quienes sin embarcarse en una búsqueda prioritaria de la felicidad y sin hacer de ella una especie de santo grial, la encuentran igual.

Ella Wheeler Wilcox compuso un poema sobre dicha búsqueda. Dice así:

La ruta de la felicidad,
¿sabe alguien por dónde es?
Por ella avanzaba
en una bella jornada
y sin querer me desvié.
Fui en pos de un tesoro,
de cosas que adoro,
y así fue como de repente
me aparté de esa ruta,
y no hallo quién me oriente.

¿Dónde se encuentra entonces la verdadera felicidad? Se halla viviendo en armonía con Dios. Muchos se consideran desdichados por las circunstancias en que se encuentran. Sin embargo, no es ese el quid de la cuestión. Algo anda mal en su corazón. Cuando el corazón está bien, todo lo demás está bien.

En cambio cuando algo anda mal en el corazón, todo anda mal. Esas personas están en conflicto consigo mismas, porque no viven en armonía con Dios.

Jesús dijo a Sus discípulos: «Si sabéis estas cosas —los principios de conducta que les había enseñado—, bienaventurados seréis si las hicieris»¹. En otras versiones, la palabra griega *makarios* se traduce como *felices* en vez de *bienaventurados*. Eso aclara el sentido, y es una gran verdad. La dicha es consecuencia de llevar una vida sana. Cuando nos esmeramos para hacer las cosas como Dios manda, sobran nuestros esfuerzos por hallar la felicidad; más bien la felicidad nos encuentra a nosotros. Cuando estamos bien con Dios y nuestra voluntad está en armonía con la Suya, hallamos sosiego, paz y alegría, piedras angulares de la felicidad².

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA RENOMBRADA EVANGELIZADORA ESTADOUNIDENSE. DURANTE 15 AÑOS PRESENTÓ EL PROGRAMA DE RADIO *MOMENTOS DE MEDITACIÓN*. ■

1. Juan 13:17

2. V. Mateo 11:28–30; Isaías 26:3;
Juan 15:11



METAMORFOSIS

VIRGINIA BRANDT BERG

EN CIERTA OCASIÓN ASISTÍ A UNA REUNIÓN en la que un muchacho de 16 años entonó varias canciones cristianas. Su rostro resplandecía con el gozo del Señor. Después supe que se había criado en un ambiente sumamente pernicioso. Desde los 12 años lo habían obligado a salir a robar para mantener a su familia. Al cabo de un año robaba también para costear su propia adicción a las drogas, producto de su vida delictiva. Durante años se paseó por diversos correccionales: quedaba libre y lo volvían a detener. Un día unos jóvenes lo conocieron en la calle y le mostraron cómo recibir a Jesús. Su vida se transformó.

¿Cómo tuvo lugar esa metamorfosis? Hay un versículo de la Biblia que dice: «Nosotros todos, mirando

con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en Su misma imagen»¹. La transformación se produce al fijar la mirada en el Señor. Muchas personas intentan transformar su vida a base de determinación y fuerza de voluntad. Sin embargo, por muchos esfuerzos que hagan nunca experimentan una metamorfosis como la de aquel muchacho, ¡nunca! Eso solo se logra contemplando a Jesús.

Jesús dijo: «Permaneced en Mí, y Yo en vosotros»². Ese es el secreto de una vida transformada: que Jesús permanezca y viva en nosotros. Es Él quien obra la transformación. Si le damos ocasión, Él cambia nuestra vida para bien.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA EVANGELIZADORA ESTADOUNIDENSE. ■

Si aún no le has pedido a Jesús que te ayude a transformar tu vida, hazlo ahora mismo. Basta con que reces esta simple oración o una parecida:

Jesús, quiero abrirte a Ti mi vida. Te ruego que entres en mí y me conviertas en una nueva persona³.

Solo sé que surte efecto. No solo surtió efecto en mi caso, sino que he visto miles y miles de casos sin exagerar. He presenciado esa transformación en el rostro de quienes aceptan a Jesús. He visto la gloria que los embarga, la luz.

Joyce Meyer (n. 1943)

El mismo Jesús que transformó el agua en vino puede transformar tu hogar, tu vida, tu familia y tu futuro. Todavía se dedica a hacer milagros. Lo Suyo es obrar transformaciones.
Adrian Rogers (1931–2005)

1. 2 Corintios 3:18 (RVR 95)

2. Juan 15:4

3. V. Romanos 12:2



Las luces del litoral

ADAPTACIÓN DEL TEXTO DE UN PROGRAMA RADIAL DE VIRGINIA BRANDT BERG

CUANDO LA SALUD DE MI ESPOSO se fue quebrantando y yo iba a verlo al hospital, me fijaba en los pacientes tendidos en sus camas y en los que aguardaban en las salas de espera, y trataba de imaginarme su sufrimiento. Algunos, particularmente los muy ancianos, se pasaban día tras día acostados, sin ninguna compañía. Durante un mes acudí todos los días sin falta al hospital, y nunca fue nadie a visitarlos. Nadie se hizo siquiera un ratito para ir a verlos.

Al asomarme por la ventana del cuarto donde estaba mi marido y observar los autos que circulaban velozmente por la carretera de enfrente, pensaba en la pobre masa humana, en todas las personas solitarias, tristes, perdidas, que tienen el corazón partido.

Me di cuenta de que todos, tanto los moribundos como los que van trajinando por la vida, precisan del

amor y la misericordia de Dios. Tomé también conciencia de que Dios requiere urgentemente de nosotros para que les indiquemos a las personas lo mucho que Él las ama. En aquel hospital, sentada al lado del lecho de mi esposo, le cantaba a veces este himno:

Desde el faro de Dios brilla
para siempre Su piedad,
y a nosotros nos encarga
las luces del litoral.

Que alumbren bien esas luces.
Desde lejos se han de ver.
A más de un pobre marino
rescataremos tal vez.

La noche oscura ha llegado.
La tormenta ruge hostil.
Ojos ansiosos procuran
esas luces descubrir.

Refuerza tu tenue luz
para algún pobre bajel
que anda buscando el puerto
y se podría perder¹.

Dios, Su Hijo Jesús y el Espíritu Santo son como un faro; nosotros, en cambio, somos las lucecitas a lo largo del litoral. Dios nos ha encomendado algunas tareas sagradas, ciertas cosas que debieran tener máxima prioridad en nuestra vida. Muchos asuntos demandan nuestra atención, y es poco el tiempo de que disponemos. Si nos descuidamos, arrinconaremos o perderemos de vista lo que realmente tiene importancia. Imagínate lo mucho que puedes ayudar a tu familia y a tu prójimo. Y por prójimo se entiende toda persona que Dios ponga en nuestro camino y que necesite amor —el nuestro y el de Dios—, es decir, toda persona a la que Dios quiera amar y ayudar por medio de nosotros.

VIRGINIA BRANDT BERG
(1886–1968) FUE UNA EVANGELIZADORA ESTADOUNIDENSE. ■

No es tanto la ayuda de nuestros amigos lo que nos sostiene, sino la confianza de que acudirán en nuestra ayuda. *Epicuro (341–269 a. C.)*

1. *Las luces del litoral*, letra y música de Philip Bliss (1838–1876)